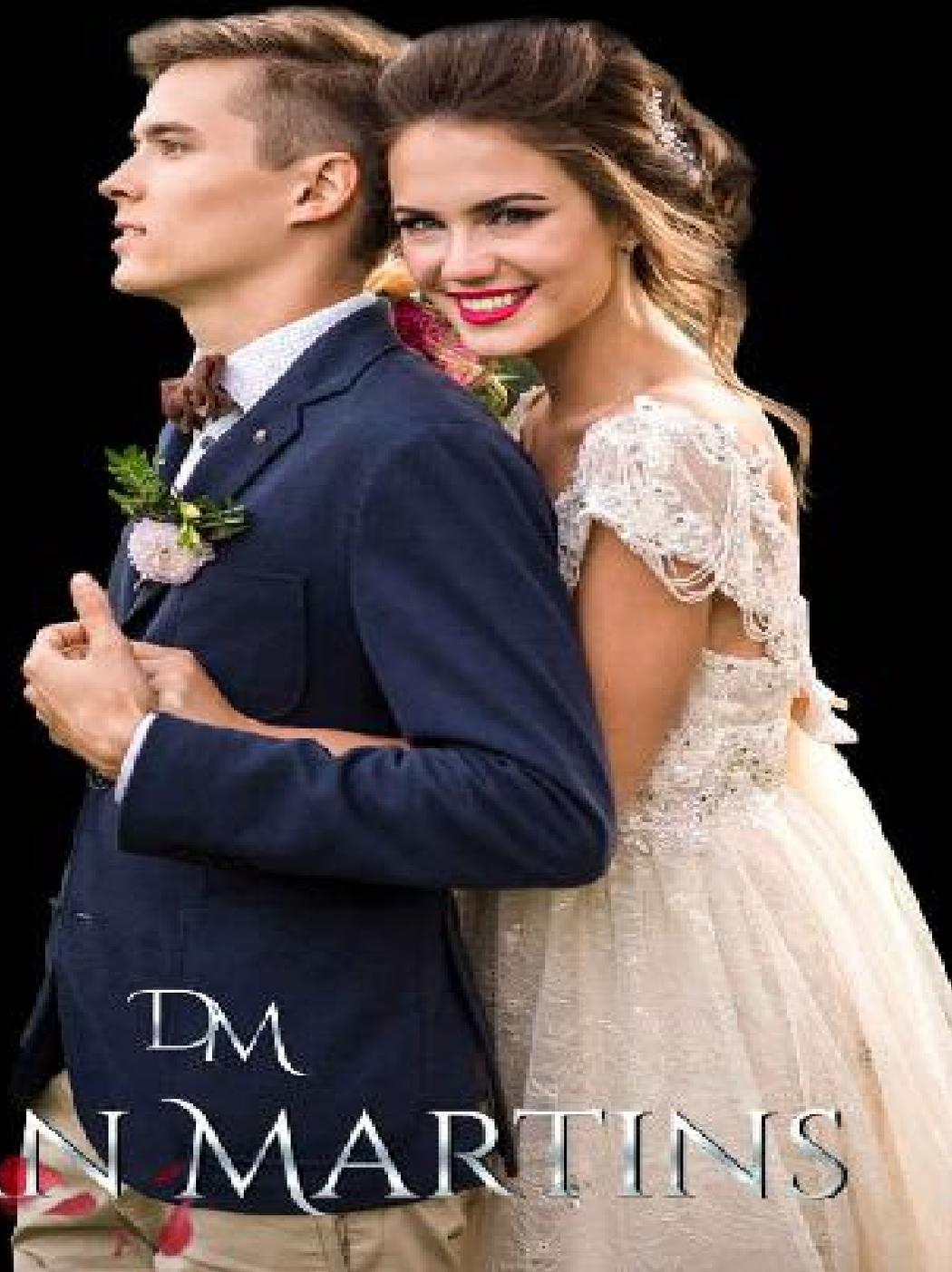


Uma boda
POR
SORPRESA



DM
DYLAN MARTINS

Una boda
POR
SORPRESA

Una boda por sorpresa

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: Noviembre, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1



A una hora de reencontrarme, después de tres años, con mi mejor amiga, Sheila.

Y ustedes os preguntaréis, ¿cómo puede ser su mejor amiga y no verla en tanto tiempo? Pues todo eso tiene respuesta...

Mi nombre es Iker, tengo treinta y cinco años, soltero, ninguna mujer había conseguido hacerme sentir eso que me llevara a tener una relación seria, así que nunca había pasado por el altar. ¡A Dios gracias! Vivía muy bien solo, la verdad es que me iba a costar muy trabajo salir de mi zona confort, así que difícil veía sumergirme en una relación con alguien.

Mi vida profesional había estado hasta hace un año ligada al fútbol, era futbolista profesional y de gran reconocimiento mundial, con lo cual, me había retirado con una fortuna que me permitía vivir el resto de mi vida tranquilo. Ahora estaba viviendo a mi manera, sin presión, fuera de los focos mediáticos y con un ritmo de vida saludable, tranquilo y desconectado en mi casa de la playa.

Sheila había sido amiga mía desde que éramos dos mocosos, ella tenía cinco años y yo siete cuando nuestras familias cogieron una gran amistad, así que nosotros nos vimos fin de semana tras fin de semana, como en celebraciones y fiestas. Inclusive, a veces, se quedaba en casa de mis padres conmigo a dormir. Cuando me independicé, se quedaba en mi casa.

Teníamos mucha confianza, a pesar de ella tener su grupo de amigos en la adolescencia y yo los míos, siempre estábamos en contacto. Salíamos a comer, nos contábamos todo y nos volvimos cómplices el uno del otro, nos contábamos hasta con quién nos acostábamos o con quién nos ilusionábamos.

Y eso fue sucediendo hasta ahora, lo único que los últimos tres años ella se vio sumergida en una aventura profesional de moda en Manhattan y se fue todo este tiempo, logrando una gran tienda online de éxito y retornando a España para trabajar ya desde aquí, en Málaga.

Y me llamó para cenar, pero con mucho enigma, yo hablaba con ella constantemente, pero esta llamada me dejó un poco expectante, sonó diferente, como si necesitara algo de mí.

Habíamos quedado en un club de playa muy bonito y exclusivo, la verdad es que tenía muchas ganas de verla, de darle un abrazo y de poder charlar cara a cara. Así que me fui para allá y me senté en la mesa de la terraza que tenía reservada, pedí un vino y la esperé. Si algo tenía claro es que era la mujer más impuntual del mundo, llegaría un cuarto de hora después, pero yo a pesar de saberlo, quise no faltar a mi puntualidad, jamás llegaba tarde a ningún sitio y ahí estaba...

—¡Hola! — gritó al verme y se tiró a mis brazos.

—Hola, preciosa — le devolví el saludo muy emocionado —. Estás preciosa — le agarré las manos y la miré de arriba a abajo — Te sentó muy bien las Américas — le hice un guiño y le separé la silla para que se sentara.

—Estoy loca por beber una de estas — cogió su copa de vino para darle un trago, causándome una sonrisa. Era tremenda, su desparpajo era monumental.

— Toda tuya — le extendí la mano para que la cogiera.

— Necesito beber mucho — gesticulaba mucho, con esas caras que me estaban poniendo nervioso —, lo que te vengo a pedir no es para hacerlo sin dos o tres de estas — levantó un poca la copa.

— Sabes que, si está en mis manos, te ayudaré en lo que necesites...

— Sí, sí, en tus manos — decía masticando un poco de jamón del plato que nos habían puesto.

— Sheila, te conozco, suelta lo que sea, sabes que puedes contar conmigo — sonreí.

— Por eso pensé en ti, vamos, que en otro no tengo para confiar de esta forma, además, eres el idóneo para mi elección.

— ¿De qué elección me hablas? — levanté la ceja.

— Vengo a pedirte que te cases conmigo — la copa voló, me puso tan nervioso que cayó sobre la mesa y el camarero vino inmediatamente a limpiarlo, con lo cual se produjo un silencio lleno de risas.

— Muy buena esa — volví a coger la nueva copa y a darle un trago.

— No es broma — sonreía, feliz de la vida.

— Explícame eso que dices y no me creo — frunció el entrecejo.

— Pues verás, ya sabes cómo es mi padre — volteó los ojos —, mis dos hermanos ya están casados, como sabes y han recibido la herencia, el apartamento que nos prometió a cada uno del edificio nuevo del centro, donde compró tres.

— Claro, era uno para cada uno de ustedes.

— Pues no me deja ir a vivir ni lo pone a mi nombre, hasta al día siguiente de que me case, además de darme la cantidad de dinero que le dio a cada uno de mis hermanos el día de su boda. Y de esa forma me tengo que quedar a vivir con ellos de nuevo, me niego, vamos.

—Y tú quieres que me case contigo para que tu padre te dé ya todo eso — solté una carcajada mientras negaba con la cabeza y me ponía la mano en la frente, apoyada en la mesa.

— Eso es, a los tres meses nos separamos y yo me quedo a vivir en mi piso, antes me tendrás que aguantar en tu casa, que sé que eso no es problema — me sacó la lengua.

— Para, Sheila, me está entrando calor — reí.

— Por la boda no te preocupes que la paga mi padre — hizo una burla.

— Sheila... ¿Entiendes lo que me estás pidiendo?

— ¿No eres mi mejor amigo?

— Sí, pero me estas pidiendo que finja ser tu esposo tres meses, además de casarnos, además de...

— Engañar a mi padre — cogió un trozo de queso.

— Necesito beber — me eché otra copa y me la bebí de un trago.

— No me puedes fallar — puso cara de súplica.

La miré con incredulidad.

— Dime que esto es una broma, por favor.

— No — rio — Eres el perfecto, el que siempre soñó mi padre para mí...

— ¿Pero tú sabes lo que me estás pidiendo?

— ¿De cuántas formas y veces me lo vas a preguntar?

— Déjalo — cogí un trozo de jamón y me lo metí en la boca con ansias, aquello era demasiado para mí y, además, me hacía hasta gracia.

— ¿Es un sí?

— ¡Casémonos! Pero ya sabes que, tras el divorcio, tu padre me odiará.

— No, sabes que no, además, yo seré la culpable de nuestro divorcio — sonrió.

— Esto va a ser de lo más gracioso, me voy a tener que empezar a meter en el guion — puse mi copa para que la chocara con la mía —. Con lo tranquilo que yo estaba — solté una carcajada.

— Pues listo, el domingo comida familiar para todos en tu casa, cita a tus padres, yo a los míos y les damos la noticia — me sacó la lengua.

— ¿En mi casa?

— Claro, la noticia la damos nosotros, yo no tengo casa, te recuerdo que me tienes que acoger tras la boda un tiempo, mientras iré amueblando y preparando el apartamento.

— Yo a ti te mato — negué con la cabeza, riendo —. Está bien, el domingo ordeno que preparen una comida en mi jardín.

— Tienes que regalarme un anillo — me sacó la lengua.

— Me estás metiendo en un embolado...

— Es viernes, mañana te levantas y vas a comprarlo, si quieres te acompaño yo a elegirlo — volvió a sacarme la lengua.

— Sí, mejor me acompañas, por favor — puse los ojos en blanco.

— No te quejes que tienes mucho dinero — sacó la lengua.

— Sabes que no es por eso, que siempre te hice buenos regalos, recuerda que una vez te enfadaste con tu padre y te regalé el último iPhone — levanté la ceja —. Es que no sé cómo vamos a salir de esta.

— Fácil, tú déjalo todo en mis manos y verás que fácil resulta — volvió a hacerme una burla.

— ¿Y para qué se supone que le vamos a decir que vengan el domingo?

— Qué tú tienes una noticia que darnos a todos.

— Ah yo, ajá, entendido — negué con la cabeza —. ¿Y qué le decimos? ¿Que nos casamos y ya? Querrán saber desde cuándo llevamos esto en secreto.

— Desde hace tres años, has estado yendo a Manhattan a verme y las pocas veces que vine, estuve más días, pero contigo y no les dije nada. Eso vamos a decir.

— Vamos, para matarlos sí se lo creen — resoplé, riendo.

— Se lo creerán... — sonrió.

En ese momento cogió el móvil y llamó a su padre, no me lo podía creer, le dijo literalmente que yo lo había llamado y le había dicho que teníamos que ir a una comida importante a su casa, eso estaba diciendo, yo no me lo podía creer.

— Más vale que llames a tu madre antes de que mi padre lo haga — sonrió.

— En vaya lío me estás metiendo — llamé a mi madre.

Mi madre me sometió a un tercer grado, no entendía qué tenía que decir para citarlos a ellos y la familia de Sheila, pero se reía, estaba intrigada, pero, por supuesto aceptaron.

— Listo, primer paso dado — sonrió.

— ¿Y para cuándo quieres decir que nos casamos? — pregunté sintiendo un calor que me ahogaba.

— En dos semanas — sonrió —. ¿Para qué vamos a esperar? — La luna de miel la pago yo — levantó los dedos, victoriosa.

— ¿Nos vamos de luna de miel?

— Claro, tenemos que fingir, si quieres decimos que nos vamos y nos encerramos unos días en tu casa tras la boda y que se piensen que estamos de viaje.

— ¿Y si nos piden fotos? Todo esto me está sobrepasando — pelé una gamba y me la comí con ansiedad.

— Tienes razón, elige destino — me hizo un guiño.

— Otra botella, por favor — pedí al camarero.

— ¿Entonces mañana me recoges y vamos a por el anillo?

— Sí — solté el aire, causándole una risa.

El camarero nos trajo otra botella, yo miraba a Sheila sonriendo, ella jugueteaba haciendo gestos con su cara.

—Llamaré mañana por la mañana al servicio de catering de un amigo mío y que nos traiga la comida, no me voy a complicar mucho.

— Di que no, mañana preparamos todo a lo rápido — rio.

— Otra cosa, por curiosidad...

— Dime, amor — dijo con sorna.

— Tendremos la noche de bodas que hacer algo, ¿no? Ya sería demasiado triste hacer el papel en todo menos en eso — pregunté bromeando.

— Ya veremos, según cómo te portes — dijo con ironía, haciéndome un guiño de ojo.

— ¿Yo? Con esto tengo el cielo ganado y el infierno, el infierno también por ser partícipe de tu gran mentira.

— Por cierto, estás muy guapo...

— No me seas zalamera que te conozco, te veo venir...

— No te vas a ganar así la noche de bodas — miró hacia otro lado.

— Por esto, me lo debería de ganar los tres meses, un día tras otro — me encogí de hombros.

— Los hombres y el sexo...

— Las mujeres, las mentiras y el dinero...

— Serás... — la mirada era de quererme matar.

Tras la cena nos despedimos y quedé en que la recogería a las diez en la puerta de su casa, no

iba a entrar que si no me liaban y me quedaba allí toda la mañana.

Me fui para mi casa alucinando, aquello parecía de lo más irreal que jamás me había podido imaginar, pero por mi Sheila, estaba claro, que lo que hiciera falta...

Capítulo 2



A las diez menos cinco en punto, estaba en la puerta de la residencia de la familia de Sheila, ella salió diez minutos después, como siempre, puntual en la vida.

Se montó en el coche sonriente, con ese vestido que le hacía una silueta impresionante, la verdad es que Sheila era una preciosidad, pero yo me había criado como un hermano mayor para ella, aunque solo nos lleváramos dos años.

— Mis padres no paran de especular con lo de mañana de la comida, se piensan que vas a dar la noticia de irte a entrenar a algún equipo.

— No vuelvo al fútbol ni loco, no por nada, pero yo solo quiero intimidad y vivir mi vida, ya me sacrificué muchos años, los disfruté y me retiro para siempre — reí y arranqué el coche.

— Ni vuelvas, ahora te debes a tu futura mujer — soltó una carcajada.

— Eres tremenda — volteé los ojos — Por cierto, ya llamé a mi amigo el del Catering, mañana llevará a la una la comida, que será marisco y una carne a la riojana.

— Perfecto.

— Además de entrantes y postre — obvio.

— Me encanta la capacidad que tienes con todo — me agarró la cara zarandeándomela y me besó la mejilla.

— Sheila, de esta te has lucido — reí de camino a la joyería.

Metimos el coche en un parking del centro de la ciudad, íbamos para la calle Larios, a una joyería muy conocida, paramos antes a tomar un café.

— Iker, mi padre se va a quedar a cuadros — reía como una niña chica.

— Pues anda que el mío — sonreí incrédulo a lo que estaba haciendo.

— Sabía que no me ibas a fallar.

— Sabes que no lo haría, además no le doy tanta importancia a esto, se trata de casarnos, luego divorciarnos y todo sin alterar nuestras vidas.

— Por supuesto — volvió a sonreír — además por separación de bienes, así que luego no habrá nada que repartir ni liquidar y será todo más rápido.

— Claro — no me podía creer aun en lo que me estaba metiendo.

— Te miro y no sé si estás pensando en tirarte de un puente o hacerte un novio a la fuga.

— Ahí está la cosa, entre esas dos — reí.

— Exagerado, dentro de tres meses todo habrá terminado — me sacó la lengua — pero te deberé la vida siempre. Quiero en septiembre estar viviendo ahí, así que vamos al lío — se levantó dejando el café acabado sobre la mesa.

Me levanté sonriendo, era graciosa, pero estaba como una cabra, esas cosas solo se le podían ocurrir a ella.

Entramos a la joyería y comenzamos a mirar anillos de pedida de oro blanco.

— Me encanta este — dijo sin mirar el precio, me iba a tocar pagar, esta al final de la boda se hacía rica — evité reírme.

— Lo veo bonito, buen gusto, mi amor — dije con sorna delante de la chica que felizmente

nos atendía.

— Y ya podríamos escoger las alianzas de boda — volvió a sonreír.

— Claro, mi amor — menos mal que no tenía problemas económicos, de lo contrario se iba conformar con un anillo de bisutería de la tienda del chino.

Compramos las alianzas, nos la grabaron al momento y además ese anillo de pedido que al día siguiente yo le entregaría en el papelón de mi vida.

Salimos con la bolsita y ella iba emocionada.

— El lunes iré a comprarme el traje, por cierto ¿Dónde lo vamos a celebrar?

— Eso no lo había pensado.

—¿Y si vamos a preguntar al hotel del mirador?

— Ese sitio es espectacular y tiene unas vistas a un paisaje increíble ¿Vamos?

— ¡Si! - gritó emocionada.

Fuimos a buscar el coche, aquello era surrealista, pero hasta me estaba emocionando con los preparativos.

Aquel lugar estaba a una hora, en pleno paraje natural, uno de los lugares más elegantes, exclusivos y con los mejores jardines que había visto nunca, había estado muchas veces, además era finales de mayo, la temperatura para celebrarlo en exterior, era la más acertada.

Llegamos y miraron las posibilidades para dos semanas.

— Tiene que ser en viernes, el sábado y domingo está todo cogido — dijo el encargado mientras nos invitaba a dos vinos y unas tapas.

— Pues un viernes, precioso día — soltó Sheila con descaro.

— ¿A partir de la una de la tarde los entrantes y pasamos a comida?

— Por la noche estaría bien el menú de Tentempié, además de todo el día la barra libre.

— Claro, además no hay problema de hora, hasta que vuestro cuerpo aguante y además corre por nuestra parte el regalaros la noche esa en la habitación presidencial, sin importar la hora de salida.

— Eso me gusta — dijo ella aplaudiendo.

— Pues el lunes te confirmamos entonces el número de invitados.

— Genial. Por otro lado, podemos gestionar el que os caséis aquí, en el otro jardín, si no es por la iglesia puedo conseguir la hora con el concejal del pueblo de aquí al lado.

— ¡Sí! — gritó ella emocionada, la verdad es que era un problema menos, ya que íbamos a ir a consultar el lunes donde podernos casar.

— Pues listo, en dos semanas esto estará radiante para ustedes.

— Gracias — sonreí aparentando la felicidad de ese momento que nos esperaba.

El encargado se apartó y nos fuimos al jardín de no celebraciones donde daban comidas todos los días de lo más exquisita, de alta cocina, cada cosa que se pedía era un derroche de sabor y espectáculo, los platos estaban cuidadosamente preparados.

— No me digas que no es bonito — suspiró emocionada.

— Es espectacular — chocamos las copas de vino.

— Y bien ¿Qué vamos a hacer para la luna de miel? — sonrió de forma juguetona.

— ¿Dónde te gustaría ir?

— A Galicia — sonrió.

— ¿A Galicia de luna de miel?

— Sí — sonreía divertida.

— No me lo estás diciendo en serio — negué con la cabeza.

— Sí, un viaje cómodo, vamos en tu coche, nada de aeropuertos, esperas, a nuestro ritmo, parando, disfrutando, además allí hay muchas cosas por hacer, además de ponernos las botas de marisco.

— Vale, estoy de acuerdo, pero me sorprende que, teniendo un abanico de posibilidades, escojas esa opción — me encogí de hombros.

— Terminé hasta la coronilla de Estados Unidos, así que me apetece quedarme aquí.

— Bueno, pero Europa tiene unos lugares preciosos...

— Nos vamos a Galicia, con el dinero que cojamos de la boda, nos lo gastamos en comer, beber y caprichos — reí.

— Eso es otra, los regalos, en qué lío me has metido — negué.

— No lo pienses así, imagina que estamos enamorados y vamos a casarnos, viajar en coche y que bueno, luego de pasárnoslo bien, duraremos poco juntos — decía en tono aniñado.

— Ya, no me queda de otra, solo espero que este parador, sea el escenario de una noche de pasión en esa habitación presidencial — bromeé.

— Quién sabe... Por cierto, ¿sabes ya que dirás mañana?

— Es verdad, que encima tengo la suerte de que me toca hablar a mí — sonreí con ironía — Improvisaré algo, al final me haré actor de verdad.

— Si amor mío...

— Encima con sorna, anda que — negué con la cabeza — a lo que me estás arrastrando.

— Pero si a ti te va el rollo, Iker, reconócelo — mordisqueaba el canapé que nos habían traído con aire muy sensual, era Sheila en todo su ser, le encantaba gustar, jugar, pero era un amor de mujer.

— Y a ti la marcha, querida amiga — le hice un guiño.

— Entonces, que me quede claro, vida, yo me encargo de buscar un buen hotel en Galicia para una semana por ejemplo ¿no?

— Claro y desde allí vamos a visitar lo que sea...

— Vale, me hablaron de un hotel espectacular, lo buscaré — aplaudió emocionada — Tienes que ir a comprarte el traje de novio.

— Cada vez que hablas se disminuye mi cuenta bancaria — reí.

— Bueno, no vayas a arruinarte chaval — puso los ojos en blanco.

Tras la comida nos tomamos un café y luego nos fuimos, la dejé por la tarde en casa de sus padres y quedamos en vernos en la mía al día siguiente donde iría con su familia y soltaríamos la bomba.

La verdad que todo aquello era una locura, pero, ¿qué era la vida sin ellas? Llevaba un año demasiado relajado, era hora de darle vidilla a mi vida y eso le iba a dar y mucha, a mis padres les iba a hacer felices por un tiempo, ya que siempre andaban dándome la brasa con que debería de casarme, hacer mi vida, construir mi familia...

Y llegó el momento, el jardín estaba listo con la comida, las copas, los entrantes, listo para recibir a mi familia y la de Sheila.

El servicio de catering había sido impecable, yo confiaba mucho en ellos, me habían decorado la mesa y puesto todo de forma espectacular.

Una mesa alargada a la que no le faltaba detalle, encima mirando al mar, al final iba a quedar romántico y todo.

Llegaron mis padres, que no dejaban de preguntarme intrigados, no les hice caso, los esquivé como pude y luego llegó Sheila, con los suyos y sus hermanos los gemelos, Javier con su mujer Marta y José con su esposa Noelia.

Tomamos una copa de pie, con unos entrantes, charlando animadamente como cuando nos reuníamos, yo estaba con Sheila y sus hermanos, además de sus esposas.

Llegó el momento de sentarnos y donde ya era la hora de actuar...

— Bueno — dije de pie cuando todos se habían sentado — hoy os he reunido aquí después de meditar mucho tiempo el paso que quiero dar, un paso que viene construido a fuego lento — al final me iba a quedar hasta bonito, miraba a Sheila que aguantaba la risa — con mucho cariño y fruto del amor que — miré a Sheila y la señalé — llevamos aguardándonos de forma furtiva los últimos tres años.

Sheila se levantó y se puso a mi lado, le cogí la mano y me saqué el anillo.

— Es el momento que sepáis que después de estar tres años haciendo viajes continuamente a visitarla a Manhattan y de encuentros a escondidas, nos queremos casar, por lo cual quiero pedirle públicamente ya que lo hice de forma privada con anterioridad, que, con el permiso de ustedes, nuestras familias, y el de ella, que ya se lo pedí con anterioridad y hoy queremos compartir con ustedes, que te cases conmigo — le puse la alianza.

— ¡Sí! — me estampó un beso en los labios que duró no sé cuánto, pero yo pensé que nunca terminaría.

Nuestros familiares comenzaron a vitorear, a emocionarse, sus caras de sorpresa eran todo un espectáculo, cuando nos sentamos comenzó el ruego y preguntas.

— Estoy muy emocionado — dijo su padre — con tan grata noticia. Mi hija no puede haber caído en mejores manos, así que mi familia y sé que la tuya — señaló a mis padres que sonreían emocionados — sé que estamos viviendo un precioso e inesperado momento. Por mi parte quiero que sepáis que tendréis pagado el convite donde elijáis.

— Papá, lo tenemos ya todo reservado para dentro de dos semanas, el viernes, en el parador de la sierra, ellos se encargarán de todo — dijo Sheila.

— ¿Dos semanas? — dijeron de forma sincronizada nuestras madres.

— Sí — sonreí.

— Yo te regalo el traje hija — dijo su madre.

— Yo te lo compro a ti y os pago la luna de miel — dijo la mía.

La cara de Sheila era de total victoria, yo me aguantaba de soltar una carcajada, pobres padres los suyos y los míos, pero lo estábamos haciendo de lo más felices.

— Hija ¿Ya viste algún vestido?

— No mamá, el lunes vamos ¿vale?

— Claro, Sheila, que ilusión.

— ¿Y las alianzas? — preguntó uno de los gemelos.

— Ya la tenemos — respondió Sheila.

— Bueno, yo me encargo de avisar a la familia — dijo mi padre.

— Nosotros a la nuestra — respondió mi madre.

— Eso sí, mañana o como mucho pasado, necesitamos saber con los invitados que contamos, nada de enviar invitaciones, se les llama y que confirmen — dije para no liar más la cosa.

— Claro — dijo su padre y todos afirmaron.

Pues ya estaba todo el pescado vendido, pasamos todo el domingo charlando, preparando y nos despedimos.

— Mañana te llamo, mi amor — dijo Sheila dándome un acalorado beso para seguir con su guion.

— Claro, mi vida, como no — la abracé de forma pasional.

Y ahí fue cuando comprendí que todo iba muy en serio, que el favor se iba a hacer y que iba a llegar al final de todo como le había prometido.

Las dos semanas siguientes fueron de preparativos, me compré el traje, me lo regalaron mis padres, ella tenía el suyo, venía todas las tardes emocionada a mi casa y nos reíamos un montón, era una locura, pero ya no había marcha atrás.

Capítulo 3



Y llegó el día...

Salí de mi casa con mi madre como madrina, nos llevaba un tío mío en el coche, a la boda iban a asistir unas cien personas, no invité a nadie del mundo de fútbol, quería que fuera lo más privada posible, como había intentado que fuese mi vida cuando me retiré.

— Hijo, estoy muy emocionada — dijo mi madre soltando alguna lagrimilla.

— Lo sé, madre, pero es normal — sonreí. En el fondo me daba pena mentirles de esa forma, pero sabía que mis padres se adaptarían a todo, que no iba a ser un drama la separación, les dolería, pero seguirían mirándola igual.

— Pues vamos a ello — me agarró las manos.

El lugar estaba precioso, no le faltaba detalle, los invitados sonreían al verme, yo fui hasta ese altar en esos jardines espectaculares.

Los hermanos de Sheila me hacían gestos bromistas desde las sillas de los invitados y yo me estaba atacando como si la boda fuera tan real como la vida misma.

Cuando apareció Sheila creí ver un ángel caído del cielo, espectacular con ese vestido, con esas magas cortas sobre su hombro, esa caída espectacular, su pelo recogido, pero con volumen, sin velo, estaba que parecía sacada de un cuadro, la sonreí con felicidad, al final hasta me iba a creer que me casaba de verdad y todo.

Ella estaba emocionada, no sabía si en su papel, o que de verdad le emocionaba vivir ese momento, aunque fuera lo más ficticio que había vivido en su vida.

— Estás preciosa — dije cuando su padre emocionado le soltó la mano.

— Igualmente, estás precioso, mi amor — dijo con sorna, pero con un gesto muy emotivo.

La ceremonia fue muy bonita, Sheila hasta se emocionó haciendo el papel de su vida y derramó alguna que otra lágrima, yo me hice el emocionado lo más que pude y cuando llegó el beso, me lo dio con tal intensidad que noté como si fuera verdad, esta mujer llevaba todo de una forma muy auténtica.

La ceremonia fue de lo más emotiva como ya había dicho, ahora tocaba el convite, la organización del parador se había encargado de que no faltara ni un detalle, el baile nupcial se hizo a ritmo de Luis Miguel, con su tema “Por debajo de la mesa”.

La gente estaba muy volcada, pasándolo genial y por la tarde nos adentramos en las copas todos levantados y bailando, charlando, haciéndose fotos y un sin fin de cosas que se ven en todas las bodas.

Gritaban el viva los novios, en infinidad de ocasiones, Sheila no dejaba de beber vino e ir de un lado a otro haciéndose fotografías con todo el mundo.

Me apoyé con una copa sobre la barandilla que daba a ese paisaje espectacular, Sheila se apareció por detrás, apoyando su brazo sobre mi hombro.

— Gracias por este precioso día — me dio un beso en la mejilla.

— Estás preciosa — sonreí y la agarré por la cintura, la besé en un beso lleno de pasión, había que hacer el papel, pero además es que me apetecía, algo me incitaba a hacerlo.

— Pensé que en mi vida me casaría, no lo tenía contemplado en mis planes, pero por esto me vi en la obligación de hacerlo, pero será un recuerdo que nunca olvidare — decía abrazándome.

— Tampoco casarme estaba en mis planes y aquí estoy — sonreí y volví a besarla.

— ¿Te estas aprovechando?

— No aun, pero verás esta noche — sonreí con picardía.

— No me pienso quitar el vestido en toda la noche — me sacó la lengua.

— Ah no, no me hace falta, ya lo levanto yo — sonreí con picardía.

— Al final te vas a tomar en serio lo de la boda — me agarró la cara y me dio un beso en los labios.

— La gente que nos está mirando debe de pensar que estamos viviendo una preciosa historia de amor — sonreí con sorna.

— De eso se trata — sonrió y volvió a besarme.

Sus hermanos se acercaron con las mujeres y se tomaron una copa con nosotros, eran muy graciosos, pasamos un rato muy bueno y al entrar la noche comenzaron a sacar Tentempiés y la fiesta continuó, algunos se iban marchando y otros aguantaron hasta las tres de la mañana como jabatos, ingiriendo todo el alcohol y canapés que iban pasando.

Los último en irse fueron sus padres y los míos, nos despedimos de ellos y nos quedamos solos un rato tomando la última copa en un columpio balancín de esos que daban ganas de dormir allí.

Sheila se apoyó sobre un lado mirando hacia mí y puso sus piernas encima de las mías, yo miraba al frente, todo oscuro, solo nos daba luz todas las velas que había en el jardín.

— La boda ha sido impresionante — dijo ella mientras daba un trago y se fumaba un cigarro.

— Sí — le quité los tacones, una media de esas pequeñas de la horma del zapato y le acaricié los pies.

— Oh, que placer, me duelen más de lo que nadie imagina...

— Pues has bailado hasta el último momento.

— Es mi boda, se me olvidó el dolor - genio de placer mientras se los masajeaba.

— Pues has sido la novia más impresionante que he visto en mi vida — le hice un guiño.

— Y tú el novio, debo de reconocer que me has puesto hasta cachonda — soltó una carcajada, estaba bebida pero muy graciosa.

— No me digas eso, que estoy bajo reservas — le acaricié el gemelo del pie.

— Sigue, por favor, no pares — decía emitiendo gemidos de placer, la verdad es que tenía que tener las piernas destrozadas, andar en tacones más de 15 horas, era para darle una medalla.

— Al final te corres y todo — dije bromeando, con ella tenía la suficiente confianza.

— Bueno, eso sí tocas un poco más arriba, en mi campanilla — entendí que se refería al clítoris. Sonreí mirando al frente, estábamos pegado en ese balancín mirando al oscuro paraje, solos, ya no quedaban ni camareros, solo nosotros, la última copa y nos habían dado autorización para servirnos todas las que quisiéramos.

— No sé dónde está eso — dije bromeando.

— No me hagas levantar el vestido más y abrirme de piernas para enseñarte donde está — rio y dio un trago.

— No me importaría — dije picándola.

Yo tenía la mano por debajo de su vestido masajeando sus piernas, eran una provocación, suaves y muy excitantes al tacto.

— Hoy tienes derecho a todo — sonrió de forma picara y me ocasionó un cosquilleo impresionante.

— ¿Como que a todo? — Yo que estaba con dos copas de más ni lo dudé, subí la mano un poco y le comencé a acariciar muy cerca de sus partes, ella soltó un resopló de excitación, me

encantaba mirarle esa preciosa cara con ese gesto de estar poniéndose a tono.

— Me has hecho el favor de mi vida, eres guapo, estoy feliz, no me importaría culminar la noche con una alegría para el cuerpo — me hizo un guiño con esa sonrisa descarada que comenzaba a ponerme a mil.

Metí la otra mano por debajo del traje y le jalé la braga, rezando que no me dijera que es lo que hacía, pero no, ella levantó su culo y me ayudo a que se la quitara. La metí en el bolsillo de mi chaqueta y ella descaradamente se acomodó más.

Le metí de nuevo la mano del traje y me fui directo a su zona húmeda, Dios que sensación me entró por el cuerpo a tocar sus labios, lisos como su piel, sin ningún bello.

Abrió las piernas para dejarme paso y mis dedos comenzaron a investigar esa zona que tantas ganas tenía de probar de mil maneras y eso que nunca me enamoró Sheila, pero siempre me pareció impresionante, sabía que era noche íbamos a acabar como nunca se nos había pasado por la cabeza y me apetecía y mucho.

Le introduje un dedo y luego dos, para luego irme a su parte más excitante, esa que la volvería loca y que comenzó a cambiarle el rostro para convertirlo en puro volcán, iba a estallar, con mi otra mano le metí los dedos, comenzó a emitir esos ruidos de placer hasta que se contrajo y se dejó caer hacia atrás.

— Esto es vida — dijo casi sin respiración. Se levantó sin recuperarse y me desabrochó el pantalón.

— Aquí no — me salió una carcajada, yo estaba con el miembro ya a reventar.

Me bajó el pantalón a la rodilla y los calzoncillos, luego se subió encima mía y comenzó a moverse de forma impresionante, yo la sujetaba por las caderas intentando marcar el ritmo.

— No tengo puesto preservativo — dije con el corazón a mil.

— Uso la píldora, disfruta — gemía de placer.

Aquello fue brutal, tuve un orgasmo impresionante.

— Dame las bragas para limpiarme — dijo riendo cuando se quitó de encima mía.

Me encantaba su descaró y desparpajo, se limpió por debajo del vestido y la tiró a una papelera, yo negaba con la cabeza.

Nos fuimos a la habitación y le ayudé a quitarse el vestido, no llevaba sujetador, quedó ante mí desnuda por completo y yo, yo me volví loco al verla así, me desnudé y me la llevé a la ducha, donde lo volvimos a hacer y luego nos fuimos a dormir, estábamos agotados, se acurrucó a mí y se quedó dormida en cero coma uno.

Capítulo 4



La miré y ahí estaba, durmiendo encima mía, le retiré el pelo de la cara y la besé en la frente.

— Buenos días, marido — dije abriendo los ojos y dándome un beso en los labios, a descaro no había quien la ganara.

— Buenos días — dije sonriendo mientras ella se levantaba rápidamente a tomar agua y una pastilla, luego se lavó los dientes.

Yo hice lo mismo, tenía una resaca monumental, además me tomé un zumo de piña que había en el mini bar y ella otro.

— Qué dolor de cabeza — decía poniéndose la mano en la frente, estaba espectacular, descarada, desnuda ante mí, yo llevaba mis calzoncillos, pero ella nada.

— ¿Te duele mucho? — la abracé contra mí riendo, estaba loco por tocarla.

— Mucho, vida, por cierto, que estaba pensando, que lo que dure el matrimonio podemos darle alegrías al cuerpo como anoche — se puso en tono seductor.

— Lo veo normal — dije por no meter un chillido de ¡Sí! Estaba loco por volverla a empotrar, ese cuerpo era de vértigo.

Me agarró por el cuello y pegó su parte a la mía, rozándose con descaro y soltando el aire de estar poniéndose a tope y eso que le dolía la cabeza.

La pegué más y la ayudé a sentir mi miembro, cuando gimió desesperada la llevé a la cama y comencé a besar sus pechos, su barriga, su zona íntima hasta hacerla correr de placer con mi lengua.

— Tener un amigo así y no saberlo — dijo con sorna, sonriendo, mientras yo me quitaba el calzón y me tiraba sobre ella para penetrarla sin pausas, estaba que reventaba.

Me estaba atrayendo mucho en el plano sexual, se dejaba hacer, no ponía trabas, se le veía muy dispuesta en todo.

De allí bajamos a desayunar y luego nos fuimos para mi casa, al día siguiente salíamos para Galicia, así que era hora de que se instalara allí, ya había dejado varias maletas con sus ropas, las del viaje y las que luego le harían falta para vivir allí.

Nos trajeron comida asiática y nos sentamos en la terraza a comer, frente al mar, ella estaba de lo más feliz viendo las fotos que recibía de las personas que habían estado en la boda, además, fue un fotógrafo profesional, pero esas no las veríamos hasta después de la luna de miel.

— Yo no me voy a dormir al cuarto de invitados - dijo mientras cogía un sushi.

— ¿Te voy a tener que aguantar en mi cama hasta que nos divorciemos? — pregunté bromeando.

— Claro y te puedes aprovechar de mí, puedes conocer mi lado más ardiente — me hizo un guiño.

— ¿No lo conozco ya?

— Ummm, soy una perversa escondida en este cara y cuerpo de ángel — soltó una carcajada.

— ¿En serio?

— Ajá — comía sonriendo y poniéndose ruborizada.

— ¿Mucha experiencia?

— Algo... — carcajeó.

— Explícate mejor...

— Digamos que estoy abierta a todo — no paraba de reír de forma nerviosa.

— ¿A todo?

— A todo...

— Mi imaginación está volando muy alto, no sé si me pasaré de imaginar ese todo...

— Oh no llegas — rio — no sabes lo que hago con mi Robinson.

— ¿Quién es Robinson? — pregunté sorprendido.

— Espera aquí, te lo voy a presentar — salió corriendo al interior de la casa.

Me quedé imaginando mil cosas, cuando apareció sonriente con un vibrador negro, bastante grande entre sus manos, solté una carcajada.

— No me lo puedo creer.

Eché a un lado todo lo que había alrededor de la mesa por mi parte y se sentó en ella frente a mí, con las piernas abiertas y eso en las manos.

— ¿Quieres ver lo que soy capaz de hacer con él? — se echó su vestido para encima de la mesa y no llevaba bragas, casi me da algo de ver sus partes frente a mí, me subió mi anaconda en un instante.

— Quiero verlo...

Se comenzó a meter el vibrador por su vagina y resoplé, aquello me estaba poniendo a mil por horas, ella sonreí divertida a la vez que soltaba el aire, se lo metió dentro y comenzó a vibrar eso y ella se tiró hacia atrás.

Aproveché para tocar su campanilla como ella decía, me estaba haciendo volver loco, esa era una nueva Sheila para mí y me gustaba y mucho.

Tras el orgasmo lo saqué y volvió a colocar lo de la mesa, dio un trago a su copa y volvió a sentarse para seguir comiendo.

— Es sexo y el sexo está para disfrutarlo — dijo sonriente.

— Estoy de acuerdo contigo — sonreí incrédulo a lo que iba a disfrutar por un tiempo a partir de ahora.

Tras la comida nos fuimos a merendar a casa de sus padres, que estaban de lo más emocionados, ya el padre le dijo que a la vuelta del viaje le daría un regalo, ya sabíamos de qué se trataba, era aquello por lo cual habíamos tenido que hacer la boda.

Luego fuimos a casa de los míos a cenar, estaban de lo más contentos, la verdad es que a Sheila la querían mucho.

Después nos fuimos a la casa, preparamos las maletas y nos fuimos a dormir, al día siguiente comenzaríamos la ruta para irnos unos días a Galicia.

Esa noche no hicimos nada, pues cuando me metí en la cama ella estaba durmiendo, preciosa, con un camisón sexy, de alta lencería, yo me estaba poniendo de nuevo cardiaco, me encantaba esa mujer en todo su esplendor, nunca me había causado tanto morbo y excitación como hasta ahora.

Capítulo 5



Un golpe encima mío me hizo despertar bruscamente.

— Buenos días, amor — dijo sentada sobre mi miembro muerta de risa.

— Buenos días — la miré y me hizo gracia verla con ese camisón y sin bragas, me iba a volver loco.

— Estaba pensando si jugar con Robinson o contigo — se mordió el labio y la agarré por las caderas.

— Conmigo o con los dos, nunca con él a solas, al menos hasta que me pidas el divorcio.

Se movió feliz y comenzó a excitarse, la ayudé a levantarse y quitarme el calzoncillo, volvió a sentarse y se siguió frotando su campanilla, la eché hacia un lado y comencé a comerle sus partes, se giró y quedó en un perfecto 69 que comenzó a lamerme de forma desmesurada a la vez que yo a ella, nos corrimos casi de forma sincronizada y luego la llevé al baño, nos duchamos a la vez que volvimos a pegarnos como lapa, aquello me estaba causando una atracción sexual sin precedentes, me estaba volviendo loco en el cuerpo de Sheila.

Fuimos a la cocina, dos cafés, unos sándwiches y a las diez de la mañana ya estábamos montado en el coche con destino a Galicia, el camino de lo más divertido, me contó mil anécdotas de Manhattan.

Paramos a comer antes de entrar a Portugal que sería por donde continuaríamos la ruta.

Luego seguimos el camino y después de varias paradas para tomar café llegamos a Vigo, a uno de los mejores hoteles que había en toda la ciudad, aquello era una pasada y nuestra suite era de película, con todo el confort y las comodidades que se podían tener para pasar un día de ensueño.

Pedimos la cena en la habitación, era muy tarde, así que comimos algo rápido y nos acostamos, estábamos agotados del viaje, Sheila ya llevaba media hora durmiendo cuando yo me acosté.

Por la mañana la escuché en la ducha, así que fui hasta allí y me metí con ella, sonreí feliz y juguetona.

— Te has despertado muy temprano... — la abracé.

— Vas a flipar, he visto la cuenta que abrimos para la boda y hay una pasta, hoy nos vamos de compras — rio emocionada.

— ¿A sí? — la pegué contra mí.

— Por supuesto — me beso y luego culminamos el acto.

Estar desnudo con ella era una provocación, me arrastraba a su cuerpo como un imán, era mi amiga, la tenía mucho cariño, pero se estaba convirtiendo en un deseo difícil de frenar, lo bueno, lo bueno era que ella se hacía partícipe y disfrutaba mucho con ello.

De allí nos fuimos a callejear por Vigo, paramos a desayunar y luego nos fuimos de compras como ella decía, se le antojó un bolso de una tienda de firma y por supuesto se lo compró, yo me pillé un cinturón para los trajes de pinza, pero Sheila era una cabra loca fundiendo la tarjeta del regalo de los invitados.

Paramos a tomar un vino y comer una cazuela de mejillones al vapor, estaban riquísimos.

— Iker, me he olvidado a Robinson en tu casa, me muero — dijo provocándome una carcajada.

— Bueno, estoy yo, espero que no lo eches mucho de menos — hice gesto de pena.

— Sí, pero si pasamos por alguna tienda erótica, entro a comprarme uno — hizo una mueca.

— Está bien, de paso compra más cositas y así podemos jugar — solté bromeando, pero...

— ¡Sí! Me imagino atada, con los ojos tapados, con juguetes, estimulados de gel, me pongo cachonda desde ya — soltó sin cortarse un pelo.

— Madre mía — me eché otra copa de la botella que nos habían dejado en esa terraza que se estaba de muerte.

— Esa madre mía, no sé si me tomas por loca o estás deseando jugar...

— Jugar, jugar — dije soltando una carcajada.

— Pues buscaremos una de esas tiendas — dio otro trago.

— Vale, que lo paguen los invitados — bromeé provocándole una carcajada.

La gracia de todo es que me agarraba del brazo, la mano, me hacía muestras de cariño mientras paseábamos, actuaba como si fuera verdad nuestra relación y como si estuviéramos adentrados de lleno en esa luna de miel.

Pasamos un día de lo más divertido, cariñoso, por la tarde encontramos una tienda de esa de juguetes y parecía que venían los reyes, cogimos de todo lo habido y por haber, se compró hasta un disfraz de colegiala que era minúsculo.

— Estas como una cabra — dije cuando salimos de allí.

— Pues hoy vamos a cenar en la habitación y nos vamos a comer un postre muy juguetón — me dio un beso en la mejilla.

— Pero el beso me lo das en los labios — le exigí bromeando y ella no tardó en hacerlo.

Llegamos al hotel y pedimos la cena, no tardaron en traerla, ella salió del baño vestida con esa minifalda y el sujetador blanco, dos trenzas hacia delante y una liga, se levantó la falda y me enseñó que no llevaba nada, me puso el corazón a mil.

Nos pusimos a cenar con vino, ella estaba divertida, de lo más graciosa.

Cuando terminó la cena se sentó en la mesa frente a mí, con las piernas abiertas, le encantaba provocarme y no le costaba conseguirlo.

— Hoy no hice los deberes, me porté muy mal — dijo metiéndose en su papel de colegiala.

— Pues eso tendrá penalización...

— Sé que me merezco la peor — me hizo un guiño.

Metí las manos por sus caderas y acerqué mi boca a sus partes, las mordisqueé y ella soltó un gemido.

— No te muevas.

Me levanté y retiré todo lo de la mesa, lo puse encima de la barra donde estaba el mini bar y me traje todo lo que habíamos comprado, la hice echarse hacia atrás con su culo al borde de la mesa y sus piernas abiertas, también sobre el borde, antes le dije que se quitara el sujetador, la falda no me molestaba, me excitaba mucho.

Cogí un gel de los que habíamos comprado y comencé a masajear todo su cuerpo, ella estaba precios ahí tirada expuesta ante mí.

— Dame duro, Iker — dijo chillando a la vez que reía.

— ¿Por dónde? — pregunté con dobleces, para ver hasta donde me permitía.

— Por todos lados — rio.

— ¿Aguantarás? — pregunté levantando la ceja.

— Claro, soy una campeona...

Al final iba a resultar y todo que iba a ser cañera, eso me ponía a mil, cogí el dilatador anal,

lo embadurné de lubricante y comencé a metérselo por detrás, ella gritaba y gemía a la vez, estaba disfrutando y mucho.

Luego lo saqué y le metí un vibrador por detrás, le penetré por la vagina mientras ponía en sus pezones unos ajustadores que la hicieron estremecer y chillar aún más.

Un succionador de clítoris hizo el resto del trabajo, así que ahí la tenía disfrutando como una campeona, viviendo ese momento tan excitante que estaba regalándome, hasta que los dos nos corrimos de placer.

Cuando le quité todo ella se quedó un poco tirada en la mesa, cogiendo aire y luego se levantó y dio un sorbo a la copa de vino.

— Me encantas, Iker, no sé por qué no fuimos folla amigos antes — dijo con descaro.

— No nos lo propusimos — me encogí de hombros.

Todo lo que tenía de bonita, lo tenía de descarada, me encantaba esa mujer por minutos, no había terminado de reponerme cuando me la quería follar una vez más.

La tiré boca abajo de la cama y la penetré por detrás, ella gritaba de placer y yo me di cuenta que con ella pasaría los tres meses más increíbles de mi vida.

Capítulo 6



Esa mañana nos trajeron el desayuno a la habitación, ella estaba graciosa, no podía dejar de reírme.

— ¿Sabes que aquí en Vigo hay una sala donde es erotismo total?

— No, no lo sabía ¿De qué se trata?

— Pues estimulan a la mujer y la someten a varios actos sexuales, mientras la pareja mira desde otra habitación a través de una pantalla.

— Espero que no me lo estés diciendo en serio...

— Sí — rio — Tenemos reserva a las nueve de la noche.

No sabía si reír o llorar, no sabía si eso me gustaría verlo, pero conociendo a Sheila, ya me veía de espectador, sin poder hacer nada, sonreí y disimulé que me sentía atraído por la idea, pero en el fondo, por algún motivo, no me hacía ni pizca de gracia.

— Estoy sorprendido — intenté disimular, pero en el fondo eso me ponía entristecido.

— Verás que divertido, no sabes la luna de miel que te espera — mordió la tostada.

— Ya veo — fingí con una sonrisa.

El día lo pasamos en la calle, callejeando, comiendo, quemando tarjeta, a la noche volvimos

para irnos a aquella reserva que tan poco me gustaba, pero que después de todo era su decisión, yo hubiera disfrutado más jugueteando a solas con ella, no eran celos, al menos lo creía firmemente, pero tampoco me hacía ni la más mínima gracia.

Ella se puso un vestido negro que le quedaba de muerte, con unos taconazos que le hacían unas piernas de vértigo, un taxista nos llevó a la puerta de la sala y entramos, ella iba segura y feliz.

Nos separaron y ella se fue sonriente, entré a una especie de sala donde me pusieron la copa que había pedido, luego me quedé solo allí, la pantalla se abrió y pude ver como tres chicos recibían a Sheila con una amplia sonrisa.

Los sudores no tardaron en aparecer cuando vi que uno de ellos comenzaba a desnudarla, me sobraba todo, me estaba poniendo nervioso de verla allí ante la mirada de los tres chicos, la dejaron caer sobre una camilla con las piernas abiertas, pegada al filo, dos chicos a ambos lados y uno entre sus piernas, con una especie de mueble con ruedas y lleno de cajones.

— ¿Bien? — preguntó uno de ellos.

— Sí — sonrió de lo más relajada y eso me enfermaba.

— Te voy a lavar por dentro — dijo el que estaba entre sus piernas, sacando una especie de pulverizador con un tubo largo.

Le puso como un gel en el ano y metió aquel tubo, comenzó a emitir disparos, a ella se le veía resoplar, luego lo sacó y le secó la entrada, cambió el tubo y le hizo lo mismo por delante.

— Perfecto — dijo tocándole el entre muslo.

Se quitó y se puso a un lado, otro tomó el relevo y se puso entre sus piernas, mientras otro le ponía una especie de chuponas a sus pezones, a mí me daban ganas de entrar y pararlo todo, pero me contuve, respiré con profundidad y aguanté porque era su deseo.

Una especie de aparato varonil estaba en las manos del chico, daba como vueltas, como si bajara y subiera, pero sin encogerse, vi cómo le abría los labios con la otra mano y se lo introducía en su vagina, ella se movió y uno de los chicos la aguantó por los costados, el otro jaló de los de los pechos y ella chillaba, pero se le veía disfrutar, a mí, a mí me iba a dar algo.

Le tapó uno de ellos los ojos con un velo, la dejó a ciegas y le metieron otro aparato por detrás, era igual, ella se movía y la frenaban, le jalaban lo de los pechos, luego le pusieron un aparato en su campanilla que deduje que era como un succionador y los chillidos de Sheila se escuchaban de forma desorbitada.

Le quitaron los aparatos y la tocaron para que se relajara después del orgasmo, la dejaron un poco de tiempo para que se repusiera, yo estaba a punto de salir de ahí y entrar para irrumpir, pero no me atrevía, ella lo había decidido y yo no era nadie para quitarle las ganas.

Le metieron como una especie de gel en un trozo dentro de su vagina y de su culo, luego la levantaron y ataron al techo de donde caía una cuerda, se quedó ahí en medio ante la mirada de los tres.

Uno se puso detrás y la penetró, luego el otro por delante, el tercero se quedó mirando en todo momento, se la follaron como nunca había visto nada igual antes, yo pensaba que se la cargaban, pero aquel acto, para mi salud mental terminó.

La soltaron y volvieron a tirarla en la camilla, el tercero echó sobre su cuerpo mucho gel, le hizo un masaje con una introducción de dedos brutal, por todos lados, ella disfrutaba de aquello, se le notaba en su cara que aún seguía bajo aquel velo.

Hizo que se corriera de nuevo y luego la dejaron un poco relajada, yo rezaba para que aquello ya hubiera terminado y así fue.

No duró más de media hora, pero para mí fue toda una eternidad, luego salí hacia la puerta que me indicó un chico y poco después salió ella sonriente.

— ¿Qué tal? — pregunté en tono seco.

— ¿Qué te pasa?

— Nada, pero vi que fue demasiado, quiero saber cómo estás...

— Fenomenal ¿No te gusto?

— Bueno, a la que tenía que gustar era a ti — solté en tono un poco seco.

— Eh — se puso frente a mí con las manos en los hombros — No pensé que te iba a molestar.

— Ni yo pensé que te hiciera falta más de lo que yo te podía dar.

— Estaba jugando — resopló y me abrazó — No sé por qué te pones así, pero prometo que no te haré pasar por ningún momento más que te pueda hacer sentir mal.

— Te lo agradezco...

Se hizo un silencio y comenzamos a andar, fuimos a cenar, ella intentaba hacerme reír, pero a mí me costaba demasiado, verla en las manos de esos hombres, me había producido un dolor brutal, ella no tenía necesidad de eso, para mí como “amigo” no me gustaba verla de esos guisos.

Esa noche yo estaba fuera de mí, incomodo, triste, agobiado, me acosté con el semblante serio y me juré que no volvía a pasar por otra así.

Capítulo 7



— Buenos días — dijo de forma zalamera pegándose a mí.

— Buenos días, Sheila — sonreí falsamente, hasta había tenido pesadillas con lo de la noche anterior, no superaba esas manos encima de ella, ni mucho menos la imagen de los penetrándola.

— ¿Estás enfadado aún? — preguntó con tristeza.

— No, no estoy enfado — me levanté y fui al baño.

No era enfado, era dolor, para que mentirme, me dolía y mucho, había sido una boda perfecta, que vale que no era hecha desde el amor, ni nada de eso pues era por hacerle un favor, pero a mí, me había parecido perfecta, bonita, al igual que la noche de bodas y el primer día que paseamos por Vigo, pero el siguiente, ósea el de ayer, había sido de un plof total, me había abierto la cabeza sola y me había sacado de ese cuento, que a pesar de no ser un romántico, estaba viviendo como una preciosa historia.

Me duché sin dejar de negar con la cabeza viendo esas imágenes, Sheila entró y se metió conmigo y comenzó a hacerme un masaje en la espalda para que me relajara.

— Sé que lo de ayer no te gustó nada...

Lo decía como si lo de ayer para ella hubiera sido lo más normal del mundo, que, para haberlo hecho, reservado y preparado, debía estar acostumbrada, pero ella pensaba como si para mi fuera algo que me dolió y desagradable, la verdad que, si ella no me importara, pues hasta hubiera alucinado, pero era ella, mi amiga, con la que llevaba varios días pasándomelo en grande.

— Da igual — dije sin mirarla, seguía de espaldas.

— Lo siento, Iker — me abrazó.

— No te preocupes — la voz me salió con tristeza.

— Prometo no meterme en ningún lío más — besó mi espalda.

— No me has metido en ningún lío, todo lo hice porque quería.

— Pero lo de ayer fue una metedura de pata...

— Ya, da igual — me salí y me puse la toalla por la cintura, me fui a la terraza y cogí un cigarrillo de ella.

No fumaba nunca por mi carrera deportiva, pero desde que lo dejé, de vez en cuando y en rara ocasión me fumaba uno, pero por placer, no por vicio.

Ella apareció unos minutos después con dos cafés que había preparado en la cafetera cortesía de la habitación.

— Gracias — ni la miré a los ojos.

— Iker, lo siento.

— Ya, no hace falta que me lo digas más.

— Pero me duele verte así, por mi culpa, pensé...

— Vale ya, en serio, te he dicho que no pasa nada, ya se me pasará — me metí hacia dentro y comencé a vestirme.

Tenía una tristeza que me había agobiado del todo, no conseguía venirme arriba, bajamos a desayunar a la calle, ni hablaba, ella me miraba de reojo, yo creo que ya ni se atrevía a hablar.

Soltó el café en la mano, se cruzó de piernas y acercó su silla a mí, me cogió la mano.

— Iker...

— Sheila, ya, ¿ok?

— Me he cargado todo, lo siento.

Resoplé y me bebí el café de un buche, pedí uno más al camarero, me encendí otro cigarro del paquete de ella que había sobre la mesa, al final me echaba a fumar por derecho y todo, pero es que me estaba poniendo de lo más nervioso.

De allí nos fuimos a pasear, sueltos, nada de abrazos y manos, para eso que llamara a esos chicos que se la follaron el día anterior, estaba con un dolor y una presión en el pecho que solo tenía ganas de chillar ahí en medio, de partirme la garganta y sacar de mí esas imágenes que se agolpaban en la cabeza.

Comenzamos la ruta de los vinos, mejillones, pulpos y todo lo que era típico allí, menos mal que después del silencio a las dos copas de vino se me escapó una carcajada al ver en mi móvil una cosa que me había mandado uno de los hermanos de Sheila, una broma de esas que se hacen virales.

— Me alegro que te rías, no sé qué te lo causo, pero me alegro.

— Fue tu hermano — le puse el video y se lo enseñé, terminó llorando de la risa.

— Son la hostia los dos, siempre están igual. Pero bueno, que me alegro que te haya conseguido sacar una sonrisa, cosa que yo lo he tenido crudo — suspiró volteando los ojos.

— No te preocupes — el humor me estaba cambiando gracias a ese vino albariño.

— Te juro que me arrepiento de lo de anoche...

— Sheila ¿cómo te digo que pares con ese tema?

— Me siento mal — se le cayó unas lágrimas y a mí, a mí, me partió el alma.

— Ey, eso no, llorar no — cogí una servilleta y le sequé las lágrimas.

— Joder, me pasé un pueblo — dijo enfadada con ella misma.

— Bueno, ¿lo olvidamos?

— ¿Y me das un beso? — puso cara de pedir piedad.

Me acerqué a ella, la agarré por la cintura y la besé, con delicadeza, no más allá de un beso en los labios, sin intensidad, pero con cariño, mucho cariño, luego le puse la copa en las manos y le hice brindar conmigo, estábamos en una terraza de pie, nos encantaba esos picoteos por las calles.

— Por volver a empezar esta farsa — dije poniendo los ojos en blanco.

— Pues cuando lo hago contigo lo siento, no es ninguna farsa — su rostro se volvió de nuevo tristeza.

— Faltaría que me fingieras los orgasmos — negué con la cabeza y la abracé besándola en la frente, el vino me había ayudado a venirme un poco arriba.

— ¡Tonto! No te enfades más conmigo que me da pena.

— Tonta, no me hagas más esas cosas y verás como no me enfadaré.

— A ti no te hice nada, me lo hicieron a mí.

— Y dale... — solté una carcajada y me bebí el vino de un trago antes de matarla.

— Es verdad — se puso las manos en la boca por haber vuelto a decir eso.

— No tienes remedio — la abracé y le di un beso en la mejilla.

— ¿Brindamos por vivir una preciosa historia de amor antes del divorcio? — me provocó una carcajada.

— De aquí a que nos divorciemos, te habrás cargado mi salud mental — brinde contra su

copa.

— ¿Y lo bien que te lo estas pasando?

— Bueno a ratos — ladeé la cabeza.

— Ya, ya — resopló — ¿Borrón y cuenta nueva? — puso su cabeza sobre mi hombro y miraba a su copa.

— Claro... — sonreí y la volví a abrazar— Por cierto, cuando llegues a la habitación haz el favor de guardar todos esos juguetes y lo dejas escondido hasta que pasen los tres meses — dije en flojo en su oído.

— ¿Por qué? Pero si solo los voy a usar contigo, jo — dio un taconazo a modo niña chica.

— A mí no me hace falta usar eso para darte lo que necesitas — levanté la ceja.

— Eres un mojigato — resopló y dio un trago.

— Llámame lo que quieras, pero no voy a hacer cosas que no van conmigo y que sobre todo no necesito.

— Buahhh... Está bien, lo guardaré todo, no lo verás más.

— Gracias — le di una caricia en su espalda.

— Me lo tendrás que compensar, esto no se queda así — me sacó la lengua.

— Mucho pides tú — reí.

— Demasiado poco para lo que me merezco — sonrió con ironía.

La verdad es que me encantaba sus gestos, su forma de ser, menos esa cabeza alocada en el sexo, de eso, no me lo esperaba de ella, pero por lo demás, me encantaba, siempre me encantó aunque no surgió el amor, pero ahora, me gustaba mucho más y me temía que me estaba comenzando a enamorar y eso no podía permitirlo, lo nuestro tenía una fecha de caducidad y la

cuenta atrás comenzó el día de la boda.

¿Enamorar? ¿Había dicho enamorar? No, no podía permitir eso, no entraba en mis planes y, además, no le diría nada a ella, esto era por un objetivo y yo no le iba a intentar cortar las alas.

Pasamos el día, paseando y como no, comprando, me tenía loco con las tiendas que se cruzaban en su camino, y era una cada dos puertas, así que me tiré toda la tarde detrás de ellas, aguantando las bolsas y jurándole que al día siguiente nos íbamos a pasar el día a otro lado.

Llegamos al hotel que parecía que veníamos de compras de navidad ¡Qué barbaridad! A antojadiza no le ganaba nadie.

Puso todas las bolsas a un lado y se puso a sacarlas, yo aproveché para ducharme, cuando salí entró ella y yo aproveché para fumarme un cigarro en la terraza, me estaba tirando al vicio, pero notaba que necesitaba calmar esa sensación de ansiedad que me había provocado aquella reserva tan infortunada.

Salió con una toalla liada y se cogió un cigarro, yo seguía con la mía sobre la cadera, estábamos para una foto de esa guisa, cosa que tiré un selfie, ni lo dudé.

— Ya vi que hiciste desaparecer todos los juguetes — aguanté la risa.

— Sí, menos el gel estimulante — me sacó la lengua e hizo ojos.

— Bueno, eso lo veo coherente.

— ¡Menos mal! Alabado sea el señor — resopló — Creo que eres el único futbolista que menos juergas te corraste — hizo un entrecomillado con los dedos.

— Las que creí necesarias — carraspeé y la agarré por las caderas.

— ¿Sabes?

— Dime, preciosa — metí mi mano en el hueco de su cuello.

— Estoy harta ya de Vigo... — me hizo soltar una carcajada.

— Mañana iremos a otro sitio, La Toja te gustará.

— Y esto me gusta, pero ya quiero ver otras cosas.

— Hemos quedado en que mañana tocaba ir por ahí.

— Pues para que no se te olvide — sonrió con picardía — ahora tengo ganas de algo diferente, me está gustando esto de la luna de miel y, es más, no tengo ni prisa por volver, me iría de recorrido en recorrido.

— Mira, te voy a acostar ya, estás muy bebida — reí.

— En eso tienes razón — tiró la toalla al suelo.

— Vaya por Dios — dije mirándola desnuda.

La cogí en brazos y mientras reía la puse en la cama, me puse unos calzoncillos, yo desnudo no podía dormir y me tiré a su lado, ya dormía plácidamente, sabía que estaba que se caía de sueño.

Capítulo 8



Dormía plácidamente, no la quise despertar, me preparé un café y me puse en aquella terraza.

Me había dado cuenta que Sheila era más importante para mí de lo que creía, no podía imaginar que me despertara y lo primero que necesitaba sería verla, aquello era algo que me estaba costando digerir.

Se despertó unos minutos después.

— Marido mío, quiero un café — dijo con sorna.

— Ahora mismo, petarda — sonreí.

— Ponlo en la terraza, voy al baño — me dio un beso en los labios.

Me atraía demasiado, solo olerla ya me ponía a mil, salió unos minutos después muy sexy, con una camiseta, el pelo recogido, perfumada, a mí me daban ganas de devorarla ahí mismo.

— Nos vamos de excursión — dijo pegándose a mí.

— Claro — sonreí poniendo mis manos en sus glúteos y pegándola a mí con más fuerzas.

— Hostias, ya la tienes levantada.

— Fíjate lo que me provocas — sonrió.

— Pero si luego eres un monje — le salió una carcajada.

— No vayas por ahí — le advertí sonriendo.

— Bueno, vale — resopló.

Dio un sorbo al café y luego me abrazó en plan mimosa, estaba de lo más cariñosa, la metí hacia dentro y comencé a besarla con pasión, a levantar la camiseta y sacársela para lamerle cada recodo de mi piel

Lo hicimos durante un buen rato, ella estaba de lo más excitada y caliente, saber que la ponía así me hacía estar en paz conmigo mismo.

Nos fuimos en coche a La Toja, allí aparcamos y nos pusimos a pasear, a ver la casa de conchas, mirar los puestos que habían colocados allí y después nos apuntamos a dar una vuelta en un barco a beber vino y comer mejillones a reventar, nos encantaba.

Ella estaba de lo más divertida, le encantaba esa excursión, se tiró mil fotos conmigo y la subió al Facebook, yo de esas cosas pasaba, pero ella era puro nervio, los likes no tardaron en aparecer y me iba poniendo al día de todo.

Por la noche la llevé a una cena super romántica.

— Pues sí que estás haciendo bien tu papel — me hizo un guiño.

Me dieron ganas de levantarme e irme, os lo juro, ¿Qué papel? Sí todo ya me salía del alma, si lo que ella no entendía que ya se había convertido en algo más que esa amistad que venía cultivando desde hacía muchos años.

— Me estoy pareciendo a ti — solté con mala cara.

— No entiendo esa cara, Iker.

— La que tengo — dije con ironía.

— Iker, para ¿qué te pasa?

— Nada...

— Ah no, no me digas que no te pasa nada pues tu cara lo dice todo.

— Pues si lo dice todo ¿para qué preguntas?

— No me gusta esa actitud tuya...

— Sheila, para, disfruta de la cena ¿ok?

— Eso intentaba...

Solté el aire, me estaba envenenando, me estaba haciendo daño a mí mismo con ese juego en el que me había convertido en participe, pero no sabía qué me iba a llevar los demonios, nunca imaginé que me pudiera hacer tanto daño.

Respira, aguanta, disimula, eso me dije mil veces.

— Iker, ¿qué vamos a hacer mañana? — preguntó en un intento de suavizar el tema.

— Pues no sé, había pensado en ir a Santiago de Compostela.

— ¿Andando? — preguntó bromista.

— En bicicleta, como Shakira...

— Muy buena esa — me sacó la lengua — Te pasa algo lo sé, pero quiero que me hables claro.

— Nada, lo del otro día me supero — volví con esa excusa.

— Lo siento... — dijo con tristeza.

— Tranquila, ya se me vuelve a pasar.

— No quiero que estés mal, a veces me siento culpable de haberte pedido que hagas esto por mí, creo que lo de la boda te superó.

— No, créeme que no, la disfruté y hasta fue bonita para el recuerdo.

— ¿Entonces que te pasa?

— Ya te lo he dicho.

— Joder, maldita la hora que reservé eso pensando que disfrutarías como yo.

— Ese es el problema, diste por hecho algo que, a mí, no me hizo ni puta gracia.

— Ya...

— Bueno, pero disfrutemos, ¿te apetece mañana ir a Santiago?

— Me apetecería más quedarme por la ciudad.

— Joder, ayer te quejabas de eso y hoy mira...

— Ya, soy bipolar — puso cara de pena.

— Bueno, dejemos el mal rollo — hice un intento de no joder todo aquello.

— Eso te digo yo — soltó a modo regañona.

Terminamos la cena y nos fuimos paseando para el hotel, de la mano, cariñoso.

— Me lo paso muy bien contigo, Iker...

— Yo también, guapa.

— Te voy a echar de menos cuando me vaya...

— Bueno, aun me queda tres meses por aguantarte — reí, pero en el fondo pensar que se iría

me producía mucha ansiedad.

— Intentaré portarme bien — se agarró fuerte a mi brazo y besó mi hombro.

Llegamos al hotel y nos tiramos abrazados, ese día no hicimos nada, más que quedarnos dormidos.

Capítulo 9



Esa mañana me desperté y la vi en la terraza, fumando un cigarrillo y escribiendo por el móvil con alguien.

— Buenos días — le di un beso — Voy a preparar dos cafés.

— Buenos días, cuerpo. Perfecto, aprovecho de terminar de escribir a Joan.

— ¿Joan? — pregunté sin entender quién eras.

— Es un amante que yo tenía en Manhattan — rio — Estoy pensando en ir a verlo en octubre, cuando lleve un mes instalada en el apartamento.

— Claro — me metí en el baño como al que le habían clavado mil puñales a la vez, ahora Joan, antes los chicos de la reserva y ahora esto, me duché evitando llorar, pero tenía ganas de eso, solo de eso.

Salí y preparé dos cafés.

— Hueles que alimenta — dijo besando mis labios y yo quería tirarme de la terraza hacia abajo.

— Tú también — le devolví el beso en la mejilla.

— La boda te sentó fatal — negó con la cabeza viendo que algo me pasaba.

— Quizás no estaba preparado — sonreí con sorna.

— Anda, anda — negó y volvió a besarme en los labios.

Era nuestro último día en la ciudad, al día siguiente volvíamos para Málaga, salimos a desayunar y nos fuimos a pasear, a tomar vinos y tapas, como veníamos haciendo los días anteriores.

Yo estaba de capa caída menos mal que los vinos comenzaron a animarme, no entendía por qué me ponía de esa forma, pero cada momento sentía que el pecho me oprimía más y aquello no tenía otro nombre que ese que no pensaba decir.

— El lunes tengo que revisar todo lo de mi trabajo — volteó los ojos.

— Bueno, tampoco te vas a escardar — bromeé.

— No, no tengo que ponerme a dar patadas a un balón — me sacó la lengua.

— Si quieres, te puedo ayudar este tiempo, ya sabes que no tengo nada que hacer, más que mi rutina diaria.

— Pues te pienso poner a trabajar por derecho — sonrió feliz.

— Luego te lo cobro en carne — levanté la ceja.

— Con lo bien que follas, puedes cobrármelo cuantas veces quieras — reí, pero en el fondo me dolía esa palabra...

— Bueno, tú eres más de aparatos...

— Eso no quita que deba de reconocer que en la cama eres bastante bueno...

— Me alegra — sonreí, pero yo para ella quería ser más que un polvo, pero tenía claro que debía ponerme a otro modo y quitar esa idea, ella era libre, estaba aquí por un propósito y aunque lo estuviera pasando bien, en sus planes no entraba otra cosa.

Estuvimos hasta las seis paseando, comprando productos típicos de la tierra y luego nos fuimos al hotel, íbamos a pedir la cena allí y queríamos quedarnos relajados, habíamos contratado unas cuantas noches y habíamos dicho que ya veríamos si alargar, pero tanto ella como yo, teníamos ganas de regresar y estar tranquilo en la que por ahora sería nuestra casa.

Esa noche fue divertida, lo hicimos en tres ocasiones, con ella siempre quería más, era un volcán en mis manos, nos desgastamos hasta caer rendidos y echarnos a dormir.

Por la mañana recogimos todo, desayunamos en el hotel y luego metimos todo en el coche y comenzamos la vuelta.

— A la mierda la luna de miel — dijo riendo cuando arranqué el coche.

— Pasó muy rápido...

— Es verdad, pero tengo ganas de estar en tu sofá relajada...

— Yo también tengo ganas de que estemos allí ya instalados.

— ¿Me vas a aguantar los tres meses?

— No me queda otra — reí. La verdad es que me daban ganas decirle que la quería aguantar toda la vida, pero era algo que me iba a tener que tragar y bien tragado.

El camino de vuelta fue ameno, música, charlas, paradas y por fin, en casa.

Llegamos a las once de la noche, sacamos todo de las maletas y nos fuimos a dormir, ella estaba muy mimosa, requería de mis abrazos, de esos con los que se quedó dormida.

A la mañana siguiente nos fuimos a casa de sus padres, los míos también llegaron, habían preparado una comida y les estuvimos contando las vacaciones, estaban muy contentos de vernos feliz, el padre le dijo que en su cuenta tenía un regalo y que al día siguiente la vería en notaría para poner el piso a su nombre.

Pues conseguido, ella agradeció como si no lo esperara.

— Gracias, papá. El piso lo tendré para cuando nos apetezca irnos al centro unos días — dijo como la que no quería la cosa.

— Claro, es evidente que con la casa que tiene Iker, os quedéis allí.

Estuvimos hasta altas horas de la noche con todos, luego nos fuimos a mi casa y al día siguiente a notaria, donde por fin ya le puso el piso a su nombre.

Salió muy emocionada.

— Iker, gracias, de verdad, conseguí todo por ti.

— Me alegro, verás el disgusto que le das a tu padre en septiembre — reí, aunque en el fondo me moría de tristeza.

— Ni pensarlo quiero — me dio un beso.

Nos fuimos a comer por el centro de Málaga y paseamos un rato, luego nos fuimos para mi casa, a partir de ahora comenzaba una vida en común por un periodo de tiempo, de forma ficticia, al menos para ella, para mí, cada momento era especial y único.

Capítulo 10



Esa mañana me levanté y ella dormía de forma plácida, recibí un mensaje de unos amigos, Antón y Elsa, habían estado en la boda, quedamos en vernos y salir con ellos en los siguientes días.

Un rato después se levantó Sheila, salió al jardín y yo ya tenía el desayuno preparado, le conté lo del mensaje y le pareció fantástico.

— Pues tengo ganas de una noche de fiesta, si señor — dijo tomando el café.

— Yo también, aunque a ti toda una noche hay que llevarte con correa — bromeé.

— Serás — cogió el cuchillo y me señaló amenazante.

— Una cosa, estaba pensando ahora ir al super, está la nevera que da pena ¿Te vienes?

— Claro, amor — dijo con sorna — Por cierto, tengo que ir a Cádiz al ginecólogo, cogeré cita estos días.

— Yo te llevo ¿Alguna revisión?

— Tengo unos desudares con la regla brutal, no me están marchando bien estas pastillas y mi ginecólogo está allí.

— Pues vamos, coge cita.

— Por otro lado, tengo que ir a Londres a entregar credenciales de la nueva línea, será en unas semanas, unos tres días ¿Te apuntas?

— Claro, por supuesto — a esta no la iba a dejar en paz en los tres meses, ni de coña se iba sola, evité reír al pensarlo.

Nos fuimos al super, llenamos un carro a reventar, hasta una cesta tuvimos que añadir, me moría de la risa con ella, no entendía cómo podía tener esa figura y consumir tanta porquería, pues comía todo lo que se le apetecía y más.

Llegamos a la casa y colocamos todo, hicimos patatas fritas con huevo, eso se le había antojado, yo era de más comida sana, encima llevaba dos semanas sin hacer ejercicio, tenía que ponerme firme ya, mi cuerpo estaba muy currado como para tirarlo ahora por la borda.

Después de comer nos tiramos en el sofá, ella puso los pies encima mía y me pidió que pusiera un programa de cotilleos muy famoso a nivel nacional, a mí eso me ponía de los nervios, pero se lo puse y comencé a leer un libro.

Aquello era imposible, hablaban a chillidos, criticaban a diestro y siniestro, ella tan feliz viéndolo y yo, que iba a matar a alguien.

Me salí a la terraza con un café, le dejé a ella el otro, que se quejó de ser un aburrido, pero prefería serlo a aguantar ese tipo de programas.

Arturo Pérez Reverte, como me gustaba ese hombre escribiendo, estaba con su último libro, un rato después vino ella y se puso a mi lado.

— Iker...

— Dime guapa.

— ¿Te incomoda que esté aquí?

— ¿Cómo dices eso? — le hice cosquillas sacándole una sonrisa.

— No sé, pero debe ser incómodo que invadan tu casa.

— Sabes que para mí siempre fuiste alguien importante en mi vida.

— Lo sé, pero no sé, me da la sensación de estar invadiendo tu espacio.

— No te preocupes por ello — la abracé y eché sobre mí.

— ¿Te imaginas que nos hubiéramos enamorado de verdad?

Esa pregunta fue como un puñal directo a mi corazón, me había producido un dolor increíble.

— Bueno, pensemos en otra cosa — seguí leyendo.

— No me gusta esa respuesta — me quitó el libro y se sentó encima mía.

— ¿Y qué respuesta quieres?

— No sé, que hubiera sido gracioso que pasara.

— Claro, gracioso, gracioso — dije con ironía.

— ¿Te pasa algo?

— No, de verdad.

— Te noto con este tema un poco no sé cómo describirlo, es que parece que te molesto.

— No, créeme, lo último que haces es molestarme — la besé.

— ¿Entonces por qué me esquivas?

— Por qué sabemos por lo que estamos aquí, andar suponiendo lo veo de muy absurdo.

— Ya, te entiendo — se dejó caer en mi pecho — ¿Sabes? Me encanta el momento que estamos disfrutando, aunque solo sea un pacto.

— Vaya, me alegra — dije con ironía.

— Y tú no debes pasarlo muy mal cuando te acuestas conmigo — puso cara de pena.

— Lo paso bien, créeme, muy bien — le metí la mano en la nuca y la besé.

— Iker...

— Dime — reí.

— Te quiero mucho ¿lo sabes?

— Sí, llevas toda la vida diciéndomelo.

— Me acuerdo que lo recuerdes.

— Ya te encargas tú de hacerlo — volví a besarla.

— ¿Estás bien?

La miré mientras se sentaba a horcajadas sobre mí.

— Sí —puse las manos en su trasero y le di un beso en el cuello.

— Te noto serio.

— Cosas tuyas — mentí. Porque lo estaba. Lo que estaba sintiendo por ella era demasiado para mí.

—Eso espero — se movió y me hizo gemir—. Porque te quiero ahora.

— ¿Dónde? —pregunté, jugueteón, como hacía ella.

— Dentro de mí —digo con voz sensual, lamió mi labio y gemí.

Con mi mano en su nuca, pegué su boca a la mía y comencé a devorarla.

Me encantaba sentirla tan cerca, su sabor, su olor... Los gemidos que callaba con mi boca.

La deseaba más de lo que nunca pude imaginar.

Comencé a desnudarla, dejándola sin nada y haciendo lo mismo conmigo. Necesitaba sentir su piel pegada a la mía.

Cuando volvió a sentarse sobre mí, con su sexo rozando mi erección, estuve a punto de perder el control.

—No sé qué me haces — suspiré mientras besaba mi cuello y me llevaba al límite.

Mis manos acariciando su espalda, sus piernas... Cogí su cara con mis manos y volví a devorar su boca.

— ¿Volverte loco? — tenía ganas de jugar.

— Va a ser eso— reí. Ahuequé las manos en su trasero y la levanté un poco para que mi pene estuviera preparado. La sujeté, no quería que se moviera. Esa vez sería todo a mi ritmo, poco a poco.

Así fui entrando en ella, hasta que la llené por completo.

—Joder — gimió cuando me sintió por entero.

Joder era lo que yo quería hacer, pero me guardaría las ganas. Porque esa tarde la necesitaba de otra manera, más lento, disfrutando de cada una de las sensaciones de sentirla mía.

Fui mostrándole el ritmo que necesitaba poco a poco. Ella subía y bajaba con lentitud, torturándonos a ambos.

Lamí su cuello y bajé hasta sus pechos, recreándome en ellos. Cada vez que los apretaba con mis manos o que los mordía, sus movimientos se aceleraban más y más, pero el control seguía siendo mío.

—Iker...

El mejor sonido del mundo, escuchar mi nombre saliendo de sus labios con la necesidad en su voz, la necesidad por terminar y llegar al orgasmo que quería.

Levanté la cabeza y la besé, mordiendo sus labios mientras mis manos agarraban sus caderas y la hacían moverse más y más rápido.

Más fuerte.

Hasta el fondo.

— No puedo...

Su voz se cortó con un gemido ahogado, se agarró a mis hombros con fuerza y gritó, había conseguido su ansiado orgasmo.

Salí y entré de ella un par de veces más y cuando noté su mordisco en mi hombro, fui yo el del gemido sordo. Derramándome dentro de ella. Haciéndola mía de nuevo.

— Joder — resoplé yo esa vez, el corazón me iba a mil por hora.

Ella emitió un sonido de placer y sonrió sobre mi piel.

—Así duerme una a gusto — rio.

Y qué razón tenía. Con ella en brazos, aún dentro de su cuerpo, me levanté y la llevé a la cama. Era momento de dormir, abrazado a ella y disfrutando de las sensaciones que provocaba en mí.

Se abrazó a mi cuello y suspiró.

Yo la abracé más fuerte aún, no quería soltarla nunca.

La quería así, siempre, conmigo.

Así pasamos la tarde, entre orgasmo y orgasmo, hasta la cena y ducharnos, para caer rendidos, felizmente rendidos...

Capítulo 11



Los siguientes días habían sido de trabajando ella desde mi casa, salíamos a comer, a tomar un café, lo seguíamos haciendo todos los días, mis sentimientos cada vez eran más fuertes y me dolía más esa cuenta atrás.

Esa noche habíamos quedado con Antón y Elsa para cenar, estaba claro que luego nos íbamos de fiesta, yo ya estaba listo, Sheila en el baño terminando de prepararse.

Estaba en la terraza esperándola cuando salió impresionante, unos pantalones de vestir, pero cortos, pegados, hasta la rodilla, con dos bolsillos, en negro y una correa roja como las sandalias de tacón que llevaba, la camiseta de tirantes en negra, con una moña en uno de los hombros y ese pelo suelto.

— ¿No nos da tiempo a echar uno antes de irnos? — bromeé observando sus caderas, esa cintura perfecta, uf me estaba poniendo con taquicardia.

— ¡Quita! Qué nos vamos, se nos hace tarde — me sacó la lengua — además ahora me visitó Robinson — dijo refiriéndose al vibrador.

— Espero que no me lo digas en serio — arranqué el coche.

— ¡Tira! Anda que eres más cotilla que mi madre — se encendió un cigarro.

— Mira que sabes que no me gusta que fumes en el coche — reí resignado.

— Espera, me voy haciendo auto stop.

— Has salido lanzada hoy ¿eh?

— Me pienso beber hasta el agua que caiga de los aires acondicionados de la calle.

— Miedo me da solo de pensarlo — reí.

Metí el coche en el parking del edificio donde tenía el apartamento sus hermanos y ya ella, de ahí nos fuimos andando al restaurante donde habíamos quedado con Antón y Elsa.

Andaba contoneándose y a mí me estaba entrando de todo, menos mal que llegamos al restaurante y allí estaban ellos esperando.

Los saludamos y nos sentamos, nos pusieron un vino rápidamente.

Estuvimos charlando sobre el viaje, la boda y todo lo transcurrido esos días, ellos estaban convencidos de que aquello era una preciosa historia de amor, para matarnos a Sheila y a mí, aunque por mí parte, casi que lo estaba viviendo de esa forma.

De allí nos fuimos a un club exclusivo en taxi, estaba en la playa, el entorno era una pasada y no se estaba a chillidos por la alta música, así que nos cogimos un reservado en la terraza y nos pedimos las copas.

— Mañana me voy a tirar todo el día revoleada — dijo Sheila — el lunes salimos a Londres y la verdad es que necesito descansar y sabiendo como voy a terminar esta noche, más vale que mañana no me mueva de la cama.

— Eso te lo agradecerá Iker — dijo bromeando Antón.

— Ah no, a este lo dejo atado en la terraza para que se mueva a la piscina, tumbona y baño exterior — produjo una carcajada en todos.

— Eso es el principio, todo se lo quieren comer del tirón, dale un año, verás lo viejo que se vuelven — soltó Elsa produciendo un carraspeo en Antón.

— ¿Me estás diciendo que te doy poca caña?

— Mira Antón, no me hagas hablar, que me he tenido que comprar media tienda de juguetes eróticos — Bomba, había soltado una bomba, por lo que veía no era la única mi supuesta mujer.

— ¿Lo ves? — preguntó orgullosa Sheila — ¡Cómete esa!

— No tengo por qué comerme nada — sonreí mientras ponía cara de resignación.

— Os la vais a comer cuadradas esta noche — dijo Elsa en defensa de Sheila — Por lo que intuyo — miró a Sheila — tú también usas esas cosas... — rio.

— Por supuesto, pero mi marido me salió poco juguetón — dijo con descaro.

— Pues anda que el mío — comenzaron a reírse y Antón y yo nos miramos negando con la cabeza.

El alcohol nos estaba soltando demasiado la lengua, aquello se había convertido en una batalla verbal entre ellos y nosotras, pero a descaradas y lengua sueltas, no había quién nos ganara.

Nos recogimos a las cinco de la mañana, pero Iker llevaba desde la una sin beber, así que fuimos a por el coche en un taxi y nos fuimos para su casa.

— Me has buscado mucho la lengua esta noche — dije mientras me quitaba la ropa.

— ¿Crees eso? — preguntó con una carcajada.

— Bueno, te las pagaré — le hice un guiño.

— Cuando quieras — dijo en plan buscona quedándose en bragas y mordiéndose el labio.

La atraje hacia mí y comencé a besarla, movía sus caderas para que se rozara por mis partes y emitió un gemido, así la quería yo, gimiendo para mí, ponerla a tope, sin necesidad de más nada que mis manos, mi cuerpo y mis deseos por ella.

La cogí en brazos y me rodeo con las piernas, la penetré y la pegué contra la pared, ella disfrutaba a la vez que facilitaba y colaboraba, me encanta la iniciativa y predisposición que tenía, además de las ganas que le ponía.

Luego la bajé y la puse de espalda contra la pared, con sus caderas levantada, era una postura que a ella le volvía loca, la escuché gemir mucho más, eso me hizo excitarme más aún si podía.

Además, era graciosa, cuando terminamos fui al baño y cuando volví ahí estaba, boca arriba, con las piernas abiertas, esperando a como ella decía que le tocara su campanilla.

Ella siempre me decía lo mismo, que, si le quitaran su clítoris, le quitaban la vida...

A la mañana siguiente me levanté a las doce, yo estaba bien, había bebido poco, pero Sheila, no paraba de quejarse mientras dormía.

La dejé en la cama y me fui a desayunar, en ese momento recibí el mensaje más inesperado del mundo, uno de Eva, una chica con la que estuve un verano, era azafata de vuelos, tuvimos una conexión y complicidad bastante importante, pero su trabajo y el mío nos llevó a distanciarnos hasta hoy.

Eva: ¡Hola! Espero ser una sorpresa jajaja Llego a Madrid el viernes y me preguntaba si te apetecía invitarme a cenar.

Seguía igual de graciosa y descarada como siempre, me froté la frente, claro que me apetecía verla, pero, por otro lado, no me apetecía separarme ni un momento de Sheila, pero tenía la oportunidad de volver a ver a Eva, siempre me había picado la curiosidad de saber cómo era un reencuentro entre nosotros.

Al día siguiente me iba a Londres, pero volvía el miércoles, podría perfectamente verla el viernes ¿Pero qué excusa le pondría? ¿Haría bien en ir?

Volvió a entrar otro mensaje.

Eva: Veo que lo leíste, pero te cuesta contestar, no quiero que me respondas, el viernes a las 21.00 te espero en la habitación del hotel Victoria, cuando llegues te identificas y te darán el número. Me gustan las sorpresas, no me respondas, quiero sorprenderme el viernes para bien o para mal.

Solté el aire. En su habitación me pedía la cita, ya sabía que pasaría si iba, me gustaba el no tener que contestar pues me encontraba en un mar de dudas.

Eva ¿por qué ahora y no dentro de tres meses? Me hacía esa pregunta mil veces, pero siempre obtenía la misma respuesta, una parte de mí decía que sí, ya que lo mío con Sheila era todo un teatro, pero yo me estaba enamorando, aunque sabía que no iba a llegar a ninguna parte, ella estaba claro que quería irse a su apartamento, así que una parte de mí decía que fuera y disfrutara con Eva, con la que tan buenos momentos había pasado.

Sheila no se levantó hasta las cinco de la tarde, un rato antes le llevé una pastilla y un zumo natural que le había preparado, pero era una zombi.

Cuando vino a la cocina se apoyó contra el quicio de la puerta.

— No voy a beber más — se puso la mano en la frente.

— Y yo que me lo creo — reí.

— ¿Qué estas preparando?

— La cena — sonreí.

— Eso lo imagino — puso los ojos en blanco.

— Es una ensalada de pollo para hacer unos sándwiches — rio.

— Por cierto, he visto un mensaje en el móvil de mi socia, dice que nos quedamos una semana allí, de mañana al lunes siguiente, así que tenemos que cambiar los vuelos.

Casi me atraganto con el buche que había acabado de dar a la botella.

— ¿Una semana en Londres? — pregunté incrédulo, por lo del viernes de Eva, que no tenía claro si iría, pero esto me había puesto nervioso.

— Si crees que son muchos días, puedes venirte antes, no hay problema — me dio un beso en la mejilla. — De todas formas, el fin de semana es más de comidas de compromiso y eso, por lo que me dijo.

— Pues yo me vengo el jueves, dejo esas cosas para ustedes — sonreí.

— Pues cambia entonces el vuelo a mí al lunes y a ti a este jueves.

— Lo haré...

Ahora si tenía claro que iría al encuentro con Eva, no tenía por qué sentirme mal, no estaba siendo desleal a nadie, era obvio que no se lo iba a contar a Sheila, pero no por nada, sino que ahora me parecía más violento ya que estábamos teniendo líos sexuales.

Esa noche me acosté dándole demasiadas vueltas a la cabeza, no sabía el por qué me afectaba tanto, en el fondo mi sentimiento por Sheila estaba marchando demasiado rápidos y quizás el sentirme mal viendo a Eva no era por fallar a Sheila, si no por fallarme a mí mismo.

Capítulo 12



Esa mañana nos levantamos temprano y un taxi nos llevó al aeropuerto, no tardamos mucho en embarcar y el vuelo sí que se me hizo pesado, tenía todo el tiempo en la mente la imagen de Eva y la cita que me había propuesto para el viernes, me seguía sintiendo fatal, hasta comenzaba a dudar en ir.

Miraba a Sheila y mi mundo solo se centraba en ella, se estaba convirtiendo en un poder absoluto en mí, como si me absorbiera solo con una mirada.

Llegamos a Londres y nos llevaron al hotel que había reservado ella, dejamos las cosas y bajamos a comer a un restaurante asiático.

— Me encanta esta ciudad, tiene algo que...

— Pues no está entre mis favoritas — reí.

— Bueno, pero tiene algo — me sacó la lengua.

— Todo tiene algo.

— ¿Y yo que tengo?

— Vaya pregunta ¿debo de contestar? — voltéé los ojos.

— Deberías, te recuerdo que soy tu esposa.

— Sí, me queda claro que legalmente lo eres — sonreí intento sacarle algo.

— Y casi realmente, estamos haciendo vida de casado, nos acostamos y todo — hizo una mueca.

— ¿Puedo preguntarte algo personal?

— Iker, parece nuevo, tenemos confianza ¿no?

— Sí el favor te lo hubiera hecho otro ¿te hubieras acostado con él también? — demasiado tiempo me había mantenido mordiéndome la lengua.

— No — rio — Tu pregunta me ofende — negó con la cabeza — Me acosté contigo por qué siempre tuve la curiosidad de saber cómo serías en la cama, me ponías, aunque no te lo dije nunca, siempre había creado un morbo en torno a ti, pero por no joder la amistad y no sabes si estabas dispuesto, nunca intenté entrar al trapo y ver como actuabas.

— Vaya, no tenía ni idea...

— Pero el día de la boda te vi tan...

— ¿Tan qué?

— Irresistible. Me tiré toda la ceremonia fantaseando y esos besos ante la gente, ummm, me hicieron elevarme a la máxima potencia.

— Lo que se entera uno — carraspeé.

— ¿Te imaginas que envejecemos sin pareja? De vez en cuando podemos quedar para desfogarnos — soltó una carcajada y yo sonreí.

Por no meter una patada a la mesa, o no tirar todo lo que había en ella, sonreí, pero eso me había dolido, no tenía ni el más mínimo sentimiento hacía mí, más que una buena amistad, yo esperaba algo como el haberme dicho que sí me imaginaba el enamorarnos antes de que llegara septiembre, pero no, ella pensando en un futuro sexual, eso sí no se enamoraba y me daban por

culo, en fin, yo sabía en lo que me metía, pero de que salía perdiendo, lo tenía claro, como también había vuelto a tener claro de nuevo, que vería a Eva, cosa que no lo tenía hacía unas horas.

Esa tarde paseamos, hasta la mañana siguiente no iría al edificio de reuniones en el que había quedado, por supuesto yo no iría, así que ese día lo aprovechamos al máximo y nos quedamos hasta después de cenar paseando por todo Notting Hill.

Me metí en la ducha y cuando salí me la encontré durmiendo con el vestido, se lo quité mientras se quejaba, al igual que las sandalias, era un desastre, pero era mi desastre, ese que estaba consiguiendo que mi vida se pusiera patas arribas ¡Con lo tranquilo que yo vivía!

A la mañana siguiente desayunamos juntos y ella se fue a las reuniones, yo me dediqué a pasear, me fui de compras, le compré varios regalos a Sheila, entre ellos un reloj y unos pendientes de perla blanca, estaba ese día inspirado, así que tras comer en la calle, pasear todo el día y llenarme las manos de bolsa par ella, regresé al hotel y se lo coloqué todo debajo de la ventana, como si fuera navidad, se veía todo perfecto.

— ¿Han venido los reyes? — dijo poniéndose la mano en la boca cuando llegó.

— Nada, intenté ligar con las chicas de la tienda y me hicieron comprar algunas cosillas. Siempre pierdo — negué medio bromeando.

— Me muero — dijo abriendo todo para verlo — Este reloj es una cucada — se lo puso, al igual que los pendientes — y estas camisetas de Chanel, me encantan — se puso a aplaudir.

Se vino a mí y me abrazó.

— Me alegra que te guste — le retiré el pelo de la cara.

— No sabes cuánto — se pegó a mí de forma sensual.

— Ay no, ahora sí que te voy a cobrar los regalos — metí las manos por debajo de su vestido y me deshice de él.

Y luego más pasión, esa que me causaba Sheila, me moría de amor por ella, cada vez lo tenía

más claro.

Esa noche salimos a cenar y nos recogimos pronto.

Al día siguiente fue lo mismo, ella se fue de reuniones y yo de compras, pero esta vez para mí, me compré algo de ropa, a ella le llevé un neceser de una marca que le gustaba mucho.

Por la noche volvimos a salir a cenar y luego al hotel al día siguiente nos despedimos hasta el lunes.

Capítulo 13



La despedida con Sheila había sido rara, me pasé todo el tiempo dándole vueltas a la cabeza. Lo habíamos hecho por la mañana, pero al decirnos adiós, a mí se me notaba con tristeza, a ella no se le notaba un ápice de sentimiento de pasarlo mal por no estar conmigo esos días, eso me rompió en dos.

Cuando llegué al aeropuerto me dirigí a casa de mis padres, me esperaban para comer, así que pasé el día con ellos, por supuesto, me sometieron a un segundo grado, estaban de lo más contentos, pero me reprochaban que me debería de haber quedado en Londres con ella hasta el lunes y yo, yo me tenía que morder la lengua e inventarme mil excusas.

El viernes lo pasé hecho un mar de nervios, por momentos me decía de ir, por otros que no, para colmo la primera noche solo sin Sheila me había causado mucho dolor, eso no ayudó en aclararme hasta un último momento en el que ya decidí ir al hotel, me vestí y diez minutos antes estaba allí.

Me dijeron el número de habitación y subí con los nervios a flor de piel, cuando llamé a la puerta no tardó en abrir, se tiró a mis brazos feliz y me comió a besos.

— Qué ilusión me hace verte, Iker — no me soltaba, seguía besuqueándome los labios — Sabía que vendrías.

Estaba preciosa, con un camisón muy sexy, su melena morena suelta, su sonrisa que tanto me gustaba.

— Vaya de que guiso me recibes — la pegué a mí.

— Estaba deseando tocarte — sonrió y me abrazó con fuerzas.

— ¿Tanto me echaste de menos? — arqueé la ceja.

— No te lo imaginas...

Pedimos una botella de vino y algo para cenar, mientras me estaba contando como le había ido, yo estaba apoyado sobre un aparador y ella entre mis piernas de espalda, mientras yo la rodeaba por la cintura y charlábamos.

— Cada vez estás más guapo — me miraba con una dulzura increíble, pero irradiaba excitación.

— Tú también lo estás — sonreí.

— Demasiado tiempo sin vernos...

— Tienes razón, las cosas del destino.

Seguía causándome eso que siempre me hizo sentir, tras la cena y las copas me senté en el sofá, ella encima mía de cuclillas, buscando el contacto con mi miembro mientras sonreía.

Sus pechos me seguían imponiendo, los agarré con fuerzas mientras ellas seguían restregándose con mi miembro, hasta que me la llevé a la cama y la embestí, ella se agarró a mis hombros y su rostro reflejaba excitación y felicidad, por unos momentos me venía la cara de Sheila, no tenía cojones de quitarla de mi mente.

Me quedé a dormir con Eva, por la mañana volvimos a hacerlo y pedimos el desayuno en la habitación, en esa que pasamos todo el día, me quedé con ella hasta el domingo, ella partía en un nuevo vuelo y yo, yo volví a mi casa.

— Espero volverte a ver — sonreía abrazándome.

— Ya me volverás a llamar dentro de tres años — le di una palmada en el culo, la pegué a mí y la besé a modo despedida.

Me fui hacia mi casa con un sentimiento de suciedad increíble, lo bueno que no me había llamado Sheila en todo el fin de semana, solo me había puesto mensajes y yo le fui contestando.

A la mañana siguiente fui a la plaza, compré verdura fresca, pescado, carne y luego recogí a Sheila en el aeropuerto, venía de lo más feliz y sobrecargada, traía medio Londres en bolsas y en maletas, parecía que volvía de estar un mes por ahí.

— ¿Me has echado de menos? — preguntó al montarse en el coche.

— Bueno, un poquito — mentí, la había echado y mucho, aunque hubiera estado con Eva.

— Pues yo un montón.

— No me lo creo — le agarré la mano y se la acaricié, con la otra conducía.

— ¿Ah no? Pues entonces es que no me crees — carraspeó.

— Puede ser eso...

Estaba preciosa, ya me había cambiado el cuerpo al verla, me sentía feliz, ella me daba ese aire que necesitaba en mi vida.

Llegamos a casa, ella se duchó y yo fui preparando un pescado con verduras, cuando apareció por la cocina, pensé en soltarle una de las mías.

— Una cosa, Sheila — aguanté la risa y le di una copa de vino — Cuando te vayas en septiembre, he pensado en mudarme contigo hasta enero, me parece más bonita esa época en el centro de la ciudad.

— Estás de broma — me sacó la lengua.

— O sea, me caso contigo, me voy de luna de miel, te aguardo en mi casa tres meses y me vas a decir ahora que no me vas a dejar ir contigo ¿en serio?

— Las puertas de mi casa las tienes abiertas para tres meses y el tiempo que quieras, pero sé que no dejarías tu casa por venirte a la mía — rio — Qué pasa ¿me vas a echar de menos?

— No lo sé — sonreí desilusionado, no se le veía ni un ápice de nada hacia mí y eso me causaba dolor.

— No me lo estás diciendo en serio, Iker, no sé por qué se te puso esa cara.

— Ninguna cara — fingí una carcajada.

— Ya sabes que mi casa es la tuya...

— Lo sé — intenté que no se me notara la tristeza y el dolor que sentía en ese momento.

Aquello se me estaba yendo de las manos, me estaba sintiendo demasiado embargado por ese amor que no me iba a llevar a ninguna parte, pero que no conseguí frenar de ninguna manera.

Comimos y yo estaba todo el tiempo fingiendo que estaba bien, pero no lo estaba, esa tarde lo hicimos en el sofá, pensé que la iba a destrozar, la cogí con ganas, con ansias, con unos deseos difícil de frenar, hasta ella sonrió al acabar.

— Pues sí que tenía ganas de verme — mordisqueó mi labio.

— No sabes cuánto — le di una palmada en el culo.

Los días con ella transcurrieron de igual manera, ella por la mañana trabajaba, yo me iba a correr, necesitaba coger aire, gastar energías, los sentimientos por ella a floraban y por su parte, seguía contando los días para irse. Los fines de semana salimos alguna que otra noche, en la cama nos iba genial, ella disfrutaba y me buscaba mucho.

Ya se había ido junio y una parte de julio, a mí me podía cada vez más la situación, a veces ella me notaba serio, seco, pero yo intentaba disimular y la complacía de alguna manera, no quería que se sintiera mal y decidiera irse antes.

Una mañana en la cocina me soltó una bomba que me terminó de reventar.

— Mi vida — dijo con descaro cogiendo el café.

— Dime, amor de mis amores — solté con sorna.

— Estaba pesando que aún tenemos un buen dinero del regalo de la boda, la verdad que fueron todos muy generosos, podríamos irnos de vacaciones unos días a algún lugar, ahora en agosto sería un mes perfecto para hacerlo, justo antes del divorcio, así ponemos como excusa que en ese viaje nos dimos cuenta que no nos aguantábamos — soltó una carcajada.

— Mira cómo piensa — sonreí con ironía, eso había sido otro puñal directo al corazón.

— ¿No te parece buena idea?

— ¿Lo del viaje o lo de la excusa? — sonreí mientras me cagaba en todos mis muebles.

— Van unidas de la mano — mordisqueó la tostada poniéndome más nervioso aún.

— Bueno ¿Y dónde te apetece ir?

— Algo exótico, no sé, playa y relax.

— Conociéndote capaz de decirme Cádiz o algo por el estilo, teniendo como antecedente lo de Galia... — volteé los ojos.

— Hablando de Cádiz, tengo que ir al ginecólogo — se puso las manos en la cara — ya lo dejo para septiembre, cuando me mude.

— Pues piensa donde quieres ir de viaje y lo vemos — cambié el tema.

Ese día lo pasamos en la casa, yo estaba super rayado, aquella situación me estaba llevando al límite.

Esa noche solo quería abrazarla y pedirle que no se marchara en septiembre, que se quedara

conmigo.

Eso era lo que sentía mientras la besaba, desnuda en mi cama, su piel pegada a la mía.

Tenía tantas cosas que decirle... Y, sin embargo, no podía hacer más que adorarla de la única manera en la que ella me lo permitía, haciéndola mía por un rato.

— Te noto extraño hoy — dijo con sus labios pegados a los míos.

Si ella supiera...

— Solo tengo ganas de ti — mordí su labio inferior y lo estiré un poco. Pegué de nuevo nuestros cuerpos y sentí el calor de su sexo en mi erección.

— Yo también tengo ganas de ti — gimió cuando me notó entrar un poco en ella, lentamente.

No de la misma forma que yo. No sentía lo mismo que yo y eso me estaba destrozando poco a poco. Dolía por desearla tanto.

Por quererla conmigo y sabiendo que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Y que ella no sentía lo mismo por mí.

— Hoy necesito sentirte mía — entré en ella con un solo movimiento y me quedé observándola cuando echó su cabeza para atrás, sumida en el placer.

Me moví con lentitud, disfrutando de cada una de las sensaciones que provocaba en mí cada vez que nuestros cuerpos estaban juntos, unidos, como si fueran uno solo.

Aunque para ella yo solo fuera sexo, para mí ella lo era todo.

Y un imposible.

Seguí entrando y saliendo de ella, sin dejar de acariciarla con los dedos, sin dejar que mis labios dejaran de besar su boca, su cuello, sus pechos.

La lamí, la mordí mientras la veía disfrutar, intentando guardar en mi memoria esos gestos, el sonido de sus gemidos por el placer.

No quería olvidar nunca los momentos que habíamos vivido los dos.

— Te deseo — dijo con voz ronca.

Gemí crudamente y comencé a moverme más rápido, con más fuerza. Quería oírla gritar, quería escuchar cómo gemía mi nombre y mirar a esos ojos cuando el placer se hiciera cargo de ella.

— Mírame — le pedí cuando noté que estaba llegando al orgasmo.

Ella abrió los ojos, nublados por el placer y fijó su mirada en la mía.

— Iker... -gimió y su vagina se contrajo mientras su cuerpo temblaba.

Habría jurado en ese momento que ella me quería. Tanto como yo a ella, pero no era así.

Todo era deseo y pasión, los sentimientos no tenían cabida entre nosotros.

Me moví con fuerza y rapidez hasta que estallé dentro de ella y dejé que mi cuerpo cayera sobre el suyo.

Saciado y, sin embargo, me sentía vacío.

Porque no era sexo lo que quería con ella, quería mucho más.
Y eso no lo iba a tener.

Capítulo 14



Y seguían pasando los días y con ellos llegó el día del viaje propuesto por Sheila, y ahí estábamos, en el avión dirección a Mauricio, en primera clase, el avión había despegado.

— Buenas tardes — dijo una azafata sonriente y... Literalmente, por poco me desmayo — Hombre Iker — dijo Eva con asombro mirando a Sheila.

— Hola, Eva, que sorpresa — carraspeé.

— ¿Vas a Mauricio? — preguntó con cara de asombro.

— Hombre, si no me dejáis en otro sitio — intenté bromear.

— Hola, soy Sheila — dijo sonriente para que se le hiciera caso — la mujer de Iker — le enseñó la alianza.

— ¿Vais de luna de miel? — preguntó intentando reaccionar.

— No, nos casamos hace dos meses, vamos de segunda luna de miel, la primera ya la tuvimos — sonreía feliz en su papel Sheila y yo quería que la tierra me tragara.

Eva me miró con cara de quererme matar.

— Vaya sorpresa — dijo incrédula — ¿Qué desean tomar entonces los señores?

— Yo una copa de vino, o dos, me durará poco — sonreí poniendo cara de no saber dónde meterme.

— Yo igual que mi esposo — decía riendo.

— Ahora mismo — sonrió con ironía y se fue en shock.

— ¿De qué la conoces?

— Estuvimos parando juntos un verano...

— ¿Parando o enrollados?

— Ambas cosas — dije sin querer profundizar.

— La vi un poco rara...

— Ella es así, mentí.

— Creo que no le hizo gracia encontrarse contigo casado...

— No digas tonterías — quería quitar hierro, pero conociendo a Eva, no me sentía yo muy

seguro de que no soltara una de las suyas.

Regreso con dos mini botellas de vino y sus copas.

— Aquí tienen los señores, bonito eso de doble luna de miel, enseguida le traemos la comida.

Lo peor de todo es que íbamos en primera clase, en nuestro lado solo nosotros y ella era la que se encargaría entonces, en el otro pasillo también de ventanilla, otra pareja, pero la llevaba otra azafata de ese pasillo, lo nuestro era ojo y lo demás era tontería.

— A esa la veo con retintín y como se ponga tonta se come la copa — dijo bromeando.

— No me seas exagerada...

— Por mi marido mato — sonrió.

— Ya te queda menos de marido — dije con sonrisa irónica.

— Uy, estas un poco borde, a ver si te afectó también ver a esa — dijo con chulería.

— Esta tiene nombre, me llamo Eva — había aparecido por detrás y nos puso un plato a cada uno de ensalada.

— Pues para ser azafata eres muy poco simpática — soltó Sheila sin pensarlo.

— Bueno, gracias Eva — dije antes que contestara y se liara la de Dios, se fue con cara de querer estallar.

Miré a Sheila con cara de enfado.

— No la lées, solo te pido que no la lées.

— Uy, si lo que quieres es impresionarla, adelante, eres libre — soltó con enfado.

— No hace falta que me recuerdes más que soy libre.

— Pues por sí se te olvidaba — estaba enfadada, pero de igual modo estaba yo.

Eva volvió a aparecer a retirar los platos y traer otros con una carne a la pimienta.

— Que os aprovechéis — dijo en tono serio.

— No lo dudes de que sí — no tardo en contestar Sheila y a mí me estaba sacando esa situación de quicio. Se miraron con una mirada que me quedé con falta de aire.

¿A qué venía eso de Sheila? ¿No era todo fingido? ¿Por qué actuaba así ante alguien que yo conocía y había estado? ¿No se suponía que pasaba de mí en ese sentido?

Me estaba volviendo loco, verdaderamente loco, ni miré por unos momentos a Sheila, luego vino a recoger los platos y traernos el café y el postre, ni gesticulé palabra, ellas tampoco, habían notado el ambiente cortante y parecía que iba a haber tregua.

— No entiendo por qué te cambia el carácter con esa niña — dijo tomando el café.

— Sheila, no te vuelvas a dirigir a ella así, nadie te insultó y me parece que se merece un respeto, no te hizo nada.

— Pues me sentí intimidada — se puso a mirar por la ventanilla.

— Te pido por favor que te relajes.

— Y yo te pido por favor, que esa no me busque — dijo girándose.

Resoplé y me contuve de liarla, amaba a Sheila, pero no iba a permitir que tratara mal a Eva.

La vi venir de frente de nuevo hacia nosotros, nos retiró las cosas y Sheila seguía mirando por la ventana, nos cruzamos una mirada que sabía que no era de rencor, sino de necesitar hablar y no poder hacerlo.

Menos mal que se quedó dormida Sheila y pude respirar un poco.

Fui al servicio y al salir me topé con Eva.

— Cuando termine el viaje te llamaré, no es lo que parece — dije con tono bajo y semblante triste.

— Hay que tener los huevos cuadrados para recién casado, pasar un fin de semana conmigo.

— No es lo que piensas...

— ¿Me vas a decir que te casaste sin amor? No tienes que mentirme, no teníamos compromiso, pero me siento sucia de haberme acostado contigo sin saber que te debías a otra.

— Así que os acostasteis — la voz de Sheila nos interrumpió y ahora sí que la había cagado.

— Vamos — dije intentando que volviéramos a los asientos.

— Tranquilo, no te pienso montar un numerito — dijo retrocediendo a su asiento y sentándose cogiendo y soltando aire. Imagino que fue el fin de semana que viniste de Londres, ya veo que la sinceridad brilla por su ausencia.

— No somos nada.

— Pues no te debería de haber preocupado tanto lo que pasó en Galicia, si eso te causaba repulsa, esto a mí no me causa menos. Pero ya veo que te gusto yo y todas — afirmó enfadada con la cabeza y se volvió a acurrucar con la manta.

Ni le contesté, yo ya me estaba volviendo loco, yo no sabía cómo salir de esa y lo único que quería que llegara a tierra el puto avión y bajarme de él.

Y fueron las horas más largas de mi vida...

— Gracias — dije cuando pasé ante ella y un gesto de asentir con mucha rabia, pude ver en su rostro, no menos el que llevaba Sheila que salió disparada y casi la perdí de vista.

Salimos de allí y nos fuimos hacia el hotel en el coche que nos había recogido.

Nos acompañaron a nuestro bungalow frente al mar, pero cuando digo frente, es frente, estábamos a pie de arena, a un lado un bar para esa zona, donde te servían bebidas calientes y frías.

Ella dejó las cosas y se sentó en la escalera de madera, mirando al mar, en silencio, el cambio de horario era brutal, eran las nueve de la mañana, un camarero se acercó y nos preguntó si nos traía un desayuno, Sheila le dijo que sí, sobre todo café.

Me senté con ella cuando trajeron la bandeja que ella dejó sobre uno de los escalones de en medio, yo me senté en el de abajo, eran tres.

Cogí el café y la miré, no dejaba de mirar al mar.

— Sheila, no quiero estar mal contigo — dije con tristeza.

— No pensabas lo mismo cuando me mentiste y te fuiste con ella, vale que no me debes lealtad, pero volviste antes con la excusa de que eran muchos días y lo que seguramente tenías planeado era pasar el fin de semana con ella.

— Sí, pero me estaba volviendo loco...

— Me podrías haber dicho la verdad, yo vería si me dolía o no, pero me engañaste sin importarte lo más mínimo el momento que estábamos viviendo — eso de estábamos me dolió, sonaba a que era pasado lo que estaba sucediendo entre nosotros.

— Tienes razón en parte...

— ¿¿¿En parte??? ¡Maldita sea! — Lanzó el pan que tenía en la mano a una distancia que ya debía de estar flotando en el mar.

— No tenemos un compromiso, solo somos amigos.

— Pues yo no me acuesto con mis amigos — gritó.

— Me vas a volver loco, Sheila. ¿Entonces que soy para ti?

— Alguien que por un tiempo tenemos una relación sexual.

— Por un tiempo — reí con enfado — Por un tiempo — te crees con derecho a ponerla fecha a todo — me levanté y me fui a ese bar pequeño que había en la playa.

Me compré un paquete de tabaco y pedí un café, en ese momento necesitaba fumarme hasta las plantas del hotel.

La vi a lo lejos con cara de querer explotar, no paraba de negar con la cabeza, no la entendía, lo intentaba, pero no la entendía.

Pasó por delante mía y se metió en el agua, se quedó ahí sola, relajada, un buen rato, al menos quería pensar que se estaba relajando, pero la verdad es que ya me daba miedo a las ideas que se le atravesaban.

La miraba a lo lejos hasta que una voz familiar pidió un café, me giré y era Eva.

— Vaya suerte la mía encontrarte aquí — dijo mientras negaba con la cabeza.

— Eva no es una boda de verdad — mi tono era flojo pero muy enfadado.

— Vete a la mierda — se fue hacia el interior del resort.

Anda que mi suerte, ir a parar al lugar donde descansarían unos días la tripulación de nuestro vuelo, para matarme, el colmo de los colmos.

Joder lo mío, no era suerte, era karma en su estado puro ¿Qué había hecho yo para merecer eso?

— Esa que estaba aquí era la azafata ¿verdad? — no sabía cómo había llegado del agua a mí, pero por lo menos volando, no la esperaba.

— Te advierto que el hotel lo escogiste tú, te lo advierto antes de que empieces a conspirar.

— Si quieres puedes trasladarte a su bungalow — dijo después de pedir un café, su tono era provocador.

— Sheila, tengamos la fiesta en paz.

— Tú lo has dicho... La fiesta, pues eso es lo que se convirtió nuestras vacaciones.

Cogió el café y se fue a la cabaña, me daba a mí que las vacaciones no habían hecho más que empezar.

Comencé a andar por la playa, necesitaba coger aire, respirar, pensar y unas cuantas cosas más, pues me estaba ahogando, tenía ganas de llorar, eso es lo que más me jodía, tener esa sensación.

Me encontré con una belleza natural impresionante, aquellas aguas y entorno eran digno de postal, típico de fotos idílicas que te invitan a soñar.

Me di un baño, solo, en aquellas aguas cristalinas, luego volví un rato más tarde, me pedí una cerveza en aquel bar, no me apeteció ir a la cabaña, la veía a ella sentada en la escalera con cara de general y no quería ir, no pensaba entrar en otra trifulca de esas que no llevarían a nada.

A la vuelta solo nos faltarían dos semanas y terminaría todo.

Todo...

Cuanto dolor me causaba aquella palabra, cuanto mal me hacían aquellos malos gestos de ella, no se imaginaba lo que me hacía sentir, creo que no tenía ni la más mínima idea.

Me quedé ahí hasta las dos de la tarde, me comí un pescado delicioso a la brasa, acabado de

hacer en aquella barbacoa.

Vi que a Sheila le habían llevado comida que había pedido, parecía que no pensaba de moverse de allí, tras la comida necesitaba dormir, así que me fui a la cabaña y me tiré a un lado de esa amplia cama.

Me desperté a las diez de la noche y no estaba, salí al bar y la vi allí, tomando un coctel charlando con el de la barra, otro camarero diferente al de la mañana.

Me puse al lado de ella y me pedí una cerveza y un plato de unas carnes de las que estaban haciendo a la brasa.

Ni me miró, ni se giró, parecía que no existía en aquel lugar, eso me dolía y mucho.

Estuvimos como dos horas así, luego se fue a la cabaña y la seguí, me acosté al lado de ella en silencio, en el mismo en el que me volví a dormir y ella también.

Capítulo 15



Abrí, los ojos y Sheila no estaba...

Casi siempre era yo el que me levantaba más temprano, pero esta vez había sido ella, sin dudas.

Me asomé y la vi en la arena mirando al mar, fui hasta allí no sin antes parar en el bar y coger dos cafés.

— Buenos días — le puse un café delante y me senté junto a ella.

— Paso de ti — su tono era muy molesto.

Estaba molesta, sin dudas que lo estaba, al igual que lo estaba yo por esa situación y esa serie de acontecimientos infortunios.

Puse mi café a un lado y me senté detrás de ella y la intenté echar hacia mí.

— Vete, quiero estar sola.

— No, no me voy a ir — la rodeé con los brazos.

— Quiero estar sola.

— ¿Me has traído al culo del mundo para estar sola?

— Te traje porque confiaba en ti.

— ¿Y en que te basas para ya no hacerlo?

— Pues muy sencillo — se giró y me miro a los ojos — Yo en Vigo pude haber hecho lo que me dio la gana, decirte que iba a ir a ver una amiga o cualquier rollo, haber ido sola a lo de sala y ya, pero no te mentí, a pesar de jugarme que te gustara o no, no te mentí.

— Tienes razón.

— Y coges tú y te inventas una excusa barata para venir antes de Londres — resopló — Me hubiera encantado que hubieras tenido los santos cojones de decirme que me voy a ir porque quedé para acostarme con otra.

— ¿Puedo explicarte?

— ¿Para qué? No creo que nada me haga quitar el malestar que siento.

— Tú lo has dicho, malestar, lo mío quizás fue por dolor.

— ¿Te gustaría que hoy me lie aquí con alguien mientras te dejo en la cabaña durmiendo?

— ¿Me vas a dejar explicarte?

— Iker, que no, te hice una pregunta.

— No, no me gustaría.

— Pues entiende que a los demás tampoco nos gustan cierto tipo de actos.

— A ver Sheila, déjame hablar — le cogí un cigarro del paquete que había sobre la arena.

— No quiero escuchar nada...

— Lo vas a hacer así te ponga un esparadrapo en la boca — la abracé, pero ella intentaba deshacerse de mí.

— No quiero.

— Ven — ahora sí la obligué a quedar entre mis brazos, la rodeé con fuerzas sin permitir que se soltara — me vas a escuchar solo una cosa y te suelto.

— No quiero hablar contigo, quiero estar sola.

— ¿Todo el viaje?

— Sí.

— Pues te vas a aburrir — le besé la mejilla mientras la sujetaba.

— Pues prefiero estar aburrida que con un mentiroso.

— Bueno, no soy un mentiroso, solo falté a la verdad un poco, evité de contarte que me escribió Eva después de tres años.

— Y se te hicieron los cojones agua — su tono fue de lo más reproche.

— No fue eso, Sheila, no fue eso.

Se giro y se puso de lado, entre mis piernas, yo la tenía rodeada.

— ¿Entonces?

— Estaba mal...

— ¿Por lo de Galicia? — preguntó con asombro.

— ¡No! No era solo eso.

— ¿Entonces?

— Yo solo soy para ti un tiempo y no había compromiso de verdad entre nosotros.

— Y erre que erre con los mismo — resopló —pero teníamos un momento bueno entre nosotros, ¿no?

— No me hables en pasado.

— No me pienso volver a acostar contigo, que te quede muy claro.

La abracé con fuerzas y la besé, quiso quitarme la cara, pero no la dejé, hasta que no se dejó llevar por mi beso, no la dejé más suelta.

Me levanté y tiré de su mano.

— Vamos a desayunar y hablar, vamos al restaurante principal.

— No quiero hablar — dijo levantándose, mientras yo la ayudo con la mano — Me debería de haber traído todos los juguetes de la casa — dijo en tono cuchillada.

— No me seas niña — la abracé riendo mientras negaba con la cabeza.

— Tengo mucho dolor — se cruzó de brazos y comenzó a aligerar los pasos.

Desayunamos en un rotundo silencio, cada vez que iba a hablar me decía que la dejara desayunar tranquila, menos mal que era un lugar muy poco concurrido, en el resort no debía de haber más de cincuenta cabañas, había escogido un sitio muy exclusivo.

— Sheila...

— No, tú me lo hiciste pasar mal por lo que pasó en Vigo y mira cómo me pagas, eso no es justo, de verdad, no me digas más nada, porque me caliento y la voy a liar.

Se levantó cuando terminó de desayunar y se fue a toda hostia para la cabaña, yo fui detrás, me la encontré llorando en la cama boca abajo.

— Sheila — me puse a su lado, costeado y la agarré por la cintura.

— Yo creía que era especial para ti — dijo llorando ante mi asombro.

— Y lo eres, no sabes cuánto lo eres.

— Cuando alguien mira a los ojos de alguien de forma especial, no está deseando irse con la primera que se le cruza.

— Eso no fue así, con Eva tuve algo...

— Pero ahora lo tenías conmigo.

— No hables en pasado.

— No, ahora no tenemos nada — lloraba enfadada.

— A ver, Sheila, que estamos casados, algo hay — intenté hacerla reír.

— No hay nada — dijo sentándose con los brazos cruzado y sin mirarme.

Me senté y la cogí, la puse en mis piernas mientras ella miraba al mar.

No sabía que decirle para calmarla, se suponía que el enamorado y dolorido era yo, pero ella ya había cogido ese rol y me parecía que iba a costar sacarlo.

— Dame un beso — dije mientras la sujetaba en mi falda por la cintura.

— No quiero.

— Si quieres, pero tu orgullo no te deja.

— Dirás mi dolor, me has decepcionado y mucho.

— Vale, pero si quieres, bésame.

— No, no te voy a besar.

— ¿Qué puedo hacer para que me perdones? — puse cara de puchero.

— Dejarme en paz sola.

— No, eso no lo haré.
— ¿Pues entonces por qué preguntas?
La eché hacia un lado y la tiré en la cama.

Me puse encima de ella y comenzó a quejarse, pero me daba igual, tenía que conseguir que se le pasara ese dolor y rencor que sentía en esos momentos.

— ¡Déjame!
— No — sonreí mirándola.
— No voy a hacer nada.
— Tranquila, lo pienso hacer yo.
— Déjame, en serio, no quiero.

Me eché hacia adelante y la hice callar con un beso, me intentó quitar, pero luego cayó rendida a él.

Se dejó llevar con ganas y eso me tranquilizó, la comencé a desnudar y la dejé expuesta ante mí, con ese cuerpo que me hacía enloquecer.

— No sé por qué te dejo — dijo acomodándose.
— Lo deseas, al igual que yo.
— Estoy muy enfadada aún, me subió la sangre cuando escuché que habíais estado juntos.
— Ya estás de nuevo, en el avión antes de enterarte ya estaba picada con ella — la besé aguantando sus manos por encima de la cabeza.
— Ella me buscó a mí — su tono era de tenerlo claro.

Yo estaba en medio de ese marrón, a ver, había millones de vuelos en el aire y me toca con Eva, ¿Podía tener más mala suerte?

Comencé a besarla sin dejar que hablara, a perderme por ese cuerpo que me volvía loca, a besar cada recodo de su piel y hacerla gemir como loca.

Terminamos devorándonos a besos, haciéndolo con pasión desenfrenada y dejándonos arrastrar por esa tensión que vivía continuamente en nuestra alma.

Pero no, la cosa no se iba a quedar así, cuando terminamos ella se vistió y se fue al bar de la playa a tomar un café.

¡Maldita sea! No sabía ya cómo controlar aquella situación, lo peor de todo es que nos quedaba seis días en esa isla, esperaba que Eva se fuera antes, pero no sabía los días de descanso que debían tomar en ese trayecto.

La miré a lo lejos y fui hasta ella, me pedí un café y me senté a su lado.
— ¿Mejor? — pregunté en tono relajado.
— ¡Vete a la mierda! — eso sí que no me lo esperaba y menos después de lo que había sucedido en la cabaña.

— Vale, compramos la excursión y me acompañas — intenté apaciguar el tema.

— ¡No! Te vas solito...

— ¿Me piensas tener toda la estancia así?

— Peor — su tono era de niña chica mal criada.

Vi que venía Eva con otra chica de tripulación, se pusieron en una hamaca, contuve el aire, eso empeoraría las cosas.

— Éramos pocos y parió la abuela — dijo al mirar para atrás y verlas ahí.

Solté el aire con fuerzas, en esos momentos solo tenía ganas de hacer las maletas y volver a mi casa, todo eran problemas, todo eran peleas, todo era un mal rollo al que yo no estaba acostumbrado y eso me estaba matando.

Me fui a la cabaña y ahí pasé la mañana entera, ella no volvió se quedó perenne en esa barra del bar, luego me acerqué para comer algo, pero ella seguía en esa actitud.

Esa tarde fue infernal, ella desapareció y no volvió a la cabaña hasta las once de la noche y con una borrachera que no había persona humana que la entendiera.

Me recriminó de todo en un momento, no pronunciaba bien, pero la iba entendiendo por los gestos, aguanté como un campeón hasta que se quedó dormida.

Si algo tenía claro es que Sheila me iba a dar las vacaciones.

Capítulo 16



Me levanté por la mañana y ella dormía la resaca, así que me fui a tomar un café y para mi sorpresa ahí estaba Eva.

— Hola — dije mirándola fijamente.

— Hola, Iker — estaba más suave.

— ¿Me puedes dar cinco minutos?

— Sí no viene antes tu mujer y monta un pollo, adelante.

Comencé a explicarme y ella no daba crédito, me daba cuenta de que estaba confiando en mí.

Se apoyó sobre la barra con las manos en la frente.

— Debiste de habérmelo contado ese fin de semana.

— Lo sé, pero era un secreto de ella y mío, al igual que sí tú me hubieras pedido algo, no tenía por qué contárselo a nadie.

— ¿Y te has enamorado verdad?

— Hasta la medula — dije mirándola sin mentir.

— Lo siento mucho, espero que termines bien, sabes que te tengo mucho cariño y no quiero verte sufrir.

— Lo sé. Gracias por comprenderme.

— Con la verdad, siempre lo haré, sabes que no hay nada entre nosotros de obligación, no nos debemos nada.

— Gracias.

— Me gustaría darte un abrazo, pero no me fio, si se despierta tú mujer, se lía parda.

— Ven — se lo di.

No me pensaba guardar ese abrazo, ella no me había hecho nada y mucho menos iba a permitir que cargara con la culpa de algo que no tenía que ver.

Desayuné ahí con ella, unas tostadas y un café, luego se marchó que iba a salir con los compañeros a una excursión por la isla, y me quedé ahí, Sheila seguía durmiendo, así que me metí

en el mar, luego me tiré un rato a tomar el sol y a la hora de la comida fui a buscarla, estaba en el baño, así que esperé en la puerta de la cabaña y salió.

— ¿Nos vamos a comer?

— No tengo hambre — ni siquiera me miró a la cara.

Vi como doblaba la ropa con la que había dormido y colocaba bien todas sus cosas.

— No me gusta que estemos así...

— Ni a mí que me mientan.

— Pero cuando te da la gana, bien que haces una mentira y grande, como la de la boda — me salió del alma.

— ¿Me vas a echar eso en cara? — su rostro era de furia.

— No, me cierro el pico y aguanto como me desprecias por algo que hice mal, claro que te lo debí de decir, pero no pensé hasta qué punto.

— No tengo ganas de escucharte...

— Perfecto, me voy. Me encanta que me traigas hasta aquí para darme dos patadas, mandarme a la mierda de la noche a la mañana y echarme en cara un error que cometí, sí eso es lo que valgo, perfecto, no te molestaré más.

Sentía un dolor indescriptible, me fui a una hamaca con un plato de marisco que había cogido de uno de los bares del hotel, me lo comí con una cerveza y comencé a entender que aquellas vacaciones iban a hacer infernales.

Ese día lo pasé solo, como ella, que se puso en una hamaca en otra parte de la isla y ahí se pasó el día leyendo una novela.

Por la noche me acosté temprano, estaba agotado psicológicamente y no tenía ganas de nada, ni siquiera fuimos a apuntarnos a ninguna excursión ni a salir de ese complejo donde sabía que transcurriría los siguientes días.

A la mañana siguiente no estaba en la cama, pero había dormido conmigo, me daba rabia, dolor, me fui al bar y no estaba, pero sí Eva.

— Buenos días ¿Qué tal? — preguntó con una media sonrisa, preocupada al verme con el rostro serio.

— Bueno, he tenido momentos mejores — sonreí con dolor.

— Imagino que sigue en el mismo plan.

— En el mismo.

— La vi en recepción, estaba contratando a un taxista para una excursión en la isla, se fue sola y me imaginé que estabais igual.

— Pues parece que las vacaciones son para ella solo.

— No te mereces que te trate así, eres muy buena persona y lo que hiciste por ella, no lo hace nadie.

— Lo hice por qué le tengo mucho cariño, siempre fue mi mejor amiga, nos conocemos desde pequeño y sabía que cualquier cosa que yo hubiera necesitado, ella lo hubiera hecho por mí.

— Pero te has enamorado.

— Mucho, me parte el alma esta situación.

— Te entiendo.

— Si esta isla estuviera a una hora, ya me hubiera ido, no aguanto estar aquí, siento una presión que me está matando.

— Entiendo lo que dices, pero no me gusta verte así.

Me dio un abrazo y sentí a Eva como siempre, era muy cariñosa, afectiva y estaba conectando con mi dolor.

Me pasé la mañana con ella, al día siguiente se iba, algo me decía que no la iba a ver más.

A la hora de la comida me dijo que fuera a su cabaña a comer, acepté, pese a la que había liado, acepté, me daba igual ya todo, no podía seguir a las órdenes de alguien que no me comprendía, no era un títere en sus manos y no quería sentirme así.

Cuando comimos fui a por dos copas, al llegar ella me abrazó, yo hice lo mismo, le tenía mucho cariño al igual que me gustaba mucho, a Sheila la amaba, pero Eva siempre fue para mí una provocación.

— Si yo te pidiera algo ¿Lo harías por mí?

— Claro.

— ¿De verdad? — miedo me daba a lo que me iba a decir.

— Hazlo conmigo por última vez — dijo y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

La abracé y besé como siempre lo había hecho, sin dudas de nada.

Me senté y ella encima mía meneándose como una diosa.

Me encanta su cuerpo, su tacto, todo, aunque no se me quitaba de la cabeza a Sheila, pero me dejé el alma haciendo con ella, sabía que estaba disfrutando, sus gestos, sus gemidos, sabían que la elevaban a lo más alto.

— Bueno me tengo que ir — dijo un rato después.

Había quedado con sus compañeros para salir a cenar por la isla, era temprano, pero iban a pasear antes.

— Ten buen regreso de vuelta — la besé.

— Sé feliz, Iker, te lo mereces. Mañana salimos a primera hora, no te veré, pero espero que me mandes dentro de un tiempo un mensaje diciendo que estás bien, sea o no con ella.

— Vale — la abracé con fuerzas.

Me fui a la cabaña, me duché, me cambié de ropa y volví al chiringuito ese que tanto me

gustaba y eso que era lo más rústico del mundo, pero me sentía cómodo.

Me comí una carne a la barbacoa con una cerveza, vi a Sheila a lo lejos llegar, con bolsas como no, por muy mal que estuviera eso de quemar tarjetas la hacía feliz.

Esa noche se fue al restaurante principal, la vi a lo lejos, ella sabía que yo estaba ahí, pero no hacía el más mínimo intento de acercamiento.

Me dormí a su lado, casi llegamos a la vez, pero nada, como dos extraños que lo obligaron a ir a ese viaje, era patético todo.

Los siguientes días transcurrieron de la misma manera, sin hablarnos, hasta en el avión de vuelta se sentó en uno de los muchos asientos de primera clase que iban solos.

Tenía el alma rota, tenía la sensación de que aquello había conseguido romper una amistad que conservábamos durante muchos años.

Capítulo 17



Esa noche en casa ella se acostó en el sofá, sabía que no se iba a venir a la cama, así que ahí la dejé.

Por la mañana preparé el desayuno y ella llegó a la cocina.

— Me iré en dos días, voy a ir hoy al piso e iré preparando todo, como ya está montando será cosa solo de llevar cosas — eso me llegó como una bala al pecho, aguanté para no llorar, solo asentí con la cabeza.

Se tomó el café y metió cosas en su coche, pero tan de golpe que parecía que se lo llevaba todo, se fui al apartamento y me quedé ahí solo, llorando como un niño sin consuelo, sin poder retener lo que tanto amaba.

No apareció en todo el día, por la noche me mandó un mensaje de que se quedaba allí a dormir, por la mañana vendría a por más cosas.

Y eso hizo...

Volvió por la mañana y se terminó de llevar todo.

— La semana que viene hablaré con mis padres, ahora necesito unos días de relax y no pensar. Gracias por todo.

Ni le respondí, aquello era demasiado se fue dejándome con el alma ropa, con un dolor increíble y con la sensación de que me había cargado todo lo que me unía a ella años atrás.

Esos días lo pasé mal, muy mal, mis padres me llamaban y yo fingía estar bien, que nada pasaba, esperaba que ella me dijera cuando se lo había dicho a sus padres, para yo hacerlo con los míos.

Dolor, mucho dolor, eso tenía, un dolor que no cesaba día y noche, perdí esa semana como uno tres kilos, no tenía fuerza ni para tirar conmigo, aquella historia me había marcado de una manera brutal y lo peor de todo, es que la amaba como jamás a nadie amé.

Llegó el lunes y recibí un mensaje de Sheila, era por la tarde decía que venía hacía mi casa a hablar conmigo, su forma de escribir era diferente, con unos puntos suspensivos que me pusieron de lo más nervioso.

Sonó el timbre y abrí para que entrara con el coche.

Sabía que en esos momentos todo acabaría, terminaría, era el momento de enfrentarnos a la verdad con la familia.

Estaba más delgada, me dejó un poco descolocado y su cara era desencajada, pasamos a la cocina y se sentó sobre la barra, se quitó las gafas de sol y los ojos eran hinchados de llorar.

— ¿Eh? Estás bien — me acerqué a ella.

— No — negó con la cabeza y rompió a llorar.

— ¿Te pasó algo?

— Llevo unos días mal, no soy capaz de comenzar una vida, tengo mucho dolor dentro — lloraba desconsolada y la abracé — Hoy te voy a terminar de joder la vida — decía entre llantos.

— Estoy preparado, aunque me duela, sé que llegó el día de enfrentarnos a nuestros padres.

— No, no se trata de eso, hay un problema mucho más grande.

— No te entiendo ¿Te pasó algo?

— Nos pasó — lloraba tan desconsolada que me daba miedo.

— Háblame claro, lo que sea, te ayudaré.

— ¿Y quién te ayudará a ti? — su tono me estaba poniendo de lo más nervioso.

— Si lo dices por qué sabes que estoy enamorado de ti, tranquila lo afrontaré, me estoy preparando para ello, pero no quiero perder la amistad que nos unió en tanto tiempo.

— No es eso, estoy embarazada — dijo y se puso a llorar sobre sus manos apoyada en la barra.

¿Embarazada? ¿Estaba embarazada? No podía de ser otra persona que de mí.

Me senté en uno de los taburetes y cogí aire.

— ¿Voy a ser padre? — pregunté con temor.

— Lo voy a tener, estoy en contra del aborto...

— No te he dicho que no lo fueras a hacer, solo te pregunto sí voy a ser padre... — las lágrimas comenzaron a brotar por mi cara.

— Sí, pero no te pido responsabilidad, fue mía por pasármelo muchos días tomarme las pastillas o hacerlo a deshoras.

— ¿Y qué piensas? — le quité las manos de la mesa y la apreté contra mí.

— No te mereces esto.

— Eh, no digas eso, no me lo esperaba, no lo busqué, pero fui participe de ello y pienso estar hasta el final — ahora sí que estaba llorando yo como un niño.

— Yo también me enamoré, no aguanté tu traición de pudiendo estar conmigo, escoger a ella y venirte de Londres — lloraba desconsolada.

— ¿Estás enamorada de mí?

— Como nunca lo estuve de nadie.

En ese momento la abracé con todas mis fuerzas y ella por fin me respondió a ese abrazo.

— Dame una oportunidad, intentémoslo por nosotros y por él bebe que viene en camino.

— ¿Harías una vida junto a mí?

— Por supuesto, total ya estamos casados, además tuvimos una preciosa boda, hicimos feliz a la familia ¿Qué nos lo impide?

Nos besamos con fuerzas y terminamos haciendo el amor como locos, en ese momento comprendí que lucharía para que siempre permaneciéramos juntos.

Epílogo



— Los mato — escuché decir a mi mujer y levantar a los niños del suelo de un brazo cada uno.

— Ay Dios — dije al verla con los mellizos llenos de polvo de cacao que habían cogido de la cocina.

Tenían tres años, solo tres años, pero eran unos trastos.

Martin y Martina, así le habíamos puesto, pero no eran fruto de ese embarazo, aquel embarazó lo perdió cosa que nos partió el alma, pero cinco meses después engendramos a Martina y Martín, nuestros amores, la alegría de nuestras vidas y la de los que nos rodeaban.

Junto a Sheila me sentía el hombre más feliz sobre la faz de la tierra...

Desde ese día que apareció por mi casa, con ese dolor, ese llanto y anunciando el embarazo, no nos habíamos separado jamás, ni una bronca, bueno algún enfado por alguna tontería, pero llevamos todo de la manera más mágica y bonita del mundo, y yo la amaba, con más fuerzas aún, al igual que a nuestros petardos, esos que nos traían por la calle de la locura, eran el motor de nuestras vidas.

Sheila seguía como empresaria para su tienda online que tanto éxito tenía, yo me encargué de los niños, llevarlo a la guardería, ducharlos la mayoría de los días y volcarme en ellos como cualquier padre soñaría.

Mi vida a su lado se había convertido en un camino de rosas, a ella la veía que suspiraba por mí cada día, que me buscaba como si no hubiera un mañana y que me amaba como nunca nadie lo había hecho.

Fue una boda por sorpresa, pero lo fue más, ese amor que se forjó a fuego lento, entre tantas

batallas...

Batallas que aún tendríamos que luchar, pero que estando juntos podríamos estar seguros de que podríamos con todo. Porque nuestro amor era eso, fuerza.

La fuerza que necesitábamos para poder con todo y con todos.

La fuerza para amarnos, el uno al otro, cada día. Siendo una sorpresa continua.